

Favus mellis
composita yerba
Proverb 16



FERNANDO DE HERRERA EL DIVINO

Quisiera remitir la descripcion deste Elogio de Fernando de Herrera a quien le fuera igual en las fuerças, conociendo de las mias ser poco suficientes, a donde se requieran las de Quintiliano, i Demostenes, junto con la divinidad de Apolo; de q̃ dan testimonio sus felices obras, en la una i otra facultad; pues merecio por ellas ser lla

Sonetos

Fernando de Herrera

Ramón García González (ed. lit.)

Datos biográficos de Fernando de Herrera

Nace en Sevilla el año 1534.

De familia humilde, dedicó toda su vida al estudio y a la poesía.

A pesar de ser beneficiado de la parroquia de San Andrés de Sevilla, no quiso nunca tomar las órdenes sagradas mayores.

Su amistad con los Condes de Gelbes, que llegaron a Sevilla por el año 1559, influyó en su poesía, sobre todo en sus sonetos, al enamorarse platónicamente de la Condesa de Gelbes, Leonor de Millán, que muere en 1581. A ella y con diferentes apelativos le dedicó parte de sus sonetos. El poeta por entonces tenía 25 años. A pesar de las especulaciones, nunca se supo si el amor que sentía el poeta por la joven Condesa pasara de lo estrictamente platónico. El esposo de Leonor siempre aceptó la dedicatoria de todos estos versos.

Pasó entre sus amigos y conocidos como hombre afable y cortés, sobre todo en la Academia Juan Mal de Lara, que solía frecuentar, y en donde conoció gran parte de los escritores y pintores que por entonces vivían en Sevilla.

En 1582 publicó un reducido volumen con el título de Algunas Obras de Fernando de Herrera, de tema amoroso, y la mayoría de estos poemas dedicados a Leonor de Millán. En alguno de sus poemas la llama Luz, Estrella, Heliodoro, Lumbre, etc., tratándola en algunos de sus versos de «belleza divina». A partir de la muerte de su amada el poeta no vuelve a escribir y sólo emplea su tiempo en retocar su obra.

Años después de su muerte el suegro del pintor Velásquez, Francisco Pacheco, publica con el título Versos de Fernando de Herrera enmendados y divididos por él en tres libros.

Sus sonetos marcan una lírica muy cercana a Petrarca por el que se sentía gran admiración.

Fernando de Herrera era conocido como «el Divino». Sin apenas datos de su muerte y posterior enterramiento, parte de su obra se perdió sin saber las verdaderas causas. Gracias a Pacheco, gran amigo y admirador de su obra, se salvaron algunas de sus obras.

Célebre es la obra Anotaciones a la obra de Garcilaso publicada en 1580; mas a pesar de la admiración que sentía por este poeta, no fue impedimento para la crítica de sus versos.

Nunca abandonó Sevilla, en donde murió el año 1597.

Libro primero

Sufro llorando, en vano error perdido,
el miedo y el dolor de mi cuidado,
sin esperanza; ajeno y entregado
al imperio tirano del sentido.

Mueve la voz Amor de mi gemido 5
y esfuerza el triste corazón cansado,
porque siendo en mis cartas celebrado
de él se aproveche nunca el ciego olvido.

Quien sabe y ve el rigor de su tormento,
si alcanza sus hazañas en mi llanto, 10
muestre alegre semblante a mi memoria.

Quien no, huya y no escuche mi lamento,
que para libres almas no es el canto

de quien sus daños cuenta por victoria.

- II -

Luz en cuyo esplendor el alto coro
con vibrante fulgor está apurado,
de dulces rayos bello ardor sagrado,
do enriqueció Eufrosina su tesoro;

Ondoso cerco que purpura el oro, 5
de esmeraldas y perlas esmaltado
y en sortijas lucientes encrespado,
a quien me inclino humilde, alegre adoro;

10
cuello apuesto, serena y blanca frente,
gloria de amor, gentil semblante y mano,
que desmaya la rosa y nieve pura,

es esta por quien fuerzo el mal presente

que pruebe su furor, y siempre en vano

aventajar intento mi ventura.

- III -

Pues de este luengo mal penando muero,
sin que remedio alguno estorbe el daño,
amor me dé, en consuelo de mi engaño,
falso placer ajeno, aunque postrero;

que mi dolor anime el duro acero, 5
y en blanda saña el tibio desengaño,
y el desdén manso, en cuya ausencia engaño
mi perdición, y en vano el bien espero;

para que de mi muerte la memoria,
y en voluntad ingrata mi firmeza 10
haga a la edad siguiente insigne historia,
que de mis esperanzas y riqueza

fincarán (¡corto premio a tanta gloria!)

deseos acabados en tristeza.

- IV -

¡Oh, fuera yo el olimpo, que con vuelo
de eterna luz girando resplandece
cuando mengua Timbreo y Cintia crece
en el medroso horror del negro velo!

En lo mejor del noble hesperio suelo, 5
que cerca baña el Betis, y enriquece,
viera la alma belleza que florece
y esparce lumbre y puro ardor del cielo;

y en su candor clarísimo encendido,
volviera todo en llama, como espira 10
en fuego cuanto asciende al alta etra.

Tal vigor en sus rayos escondido
yace, que si con fuerza alguno mira

en ella, con más fuerza en él penetra.

- V -

Amor, que me vio libre y no ofendido,
torció, de mil despojos ricos llena,
en lazos de oro y perlas la cadena,
y en nieve escondió y púrpura, atrevido.

Con la flor de las luces yo perdido, 5
llegué y apresuré mi eterna pena;
tiembla el pecho fiel y me condena;
huyo, doy en la red, caigo rendido.

La culpa de mis daños no merezco,
que fue el nudo hermoso, y de mi grado
10 no una vez le entregara la victoria.

Cuanto sufro en mis cuitas y padezco

hallo en bien de mis yerros engañado

y del engaño salgo a mayor gloria.

- VI -

Con el puro sereno en campo abierto

vuela mi alado carro, y fresco llega.

El viento arando el golfo; la paz niega

cielo airado, aire adverso, flujo incierto.

Desampara huyendo el mar desierto; 5

mas el miedo y horror lo aflige y ciega;

noto cruel, que su furor despliega,

las velas rompe, impide entrar el puerto.

Cuando ríe una luz en occidente

que alegra el orbe etéreo, y desfallece 10

el soplo austrino y cesa el ponto oscuro,

la prora vuelvo, y lejos tardamente

la tierra sola en puntas aparece,

y nunca al puerto arribo que procuro.

- VII -

Vuela y cerca la lumbre y no reposa,
y huye y vuelve, a su beldad rendida,
figura simple suya, y encendida
siente que fue a su muerte presurosa;

mas yo, alegre en mi luz maravillosa, 5
a consagrar osando voy mi vida,
que espera, de su bello ardor vencida,
o perderse o cobrarse venturosa.

Amor, que en mí engrandece su memoria,
entibia mi esperanza en lento engaño 10
y en llama ingrata ufano me consumo.

Cuidé (¡tal fue mi mal!) ganar la gloria
del bien que vi, y al fin hallo en mi daño
que sólo de mi incendio resta el humo.

- VIII -

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena
con tierno ardor, en quien amor airado
me enciende el corazón, y en un cuidado
duro y terrible siempre me enajena?

El oro que al Gange indo en su ancha vena
5
luciente orna, y en hebras dilatado,
con luengo cerco y terso ensortijado,
gentil corona en blanca frente ordena.

¡Oh vos, que al sol vencido, prestáis fuego,
en quien mi pensamiento no medroso
10
las alas metió libre, y perdió el vuelo!

Lazos que me estrecháis, mi pecho ciego

abrasad, porque en prez del mal penoso

segura mi fe rinda su recelo.

- IX -

A la derrota del duque de Sajonia por Carlos V

Do el suelo horrible el Albis frío baña
al sajón, que oprimió con muerta gente
y rebosó espumoso su corriente
en la esparcida sangre de Alemaña;

al cielo del excelso rey de España, 5
al seguro consejo y pecho ardiente,
inclina el duro orgullo de su frente,
medroso, y su pujanza, a tal hazaña.

La desleal cerviz cayó, que pudo
sus ondas con semblante sobrar fiero 10
y sus bosques romper con osadía,

Marte vio, y dijo, y sacudió el escudo:

«¡Oh gran Emperador, gran caballero!

¡Cuánto debo a tu esfuerzo en este día!»

- X -

La púrpura en la nieve desteñida,
el dulce ardor con tibia luz perdía,
y en los cercos y oro parecía
Venus desfallecer con voz vencida.

La enemiga cruel de humana vida
su niebla alegremente esclarecía,
y mi alma el fin último traía
en vuestros graves ojos escondida.

Mas aspirando amor suave y tierno
en el hielo y las rosas, la victoria 10
porfió y consiguió en dichosa suerte.

Centelló en vuestra faz su fuego eterno,
y a la belleza ufano dio la gloria
que en vida volvió leda la impía muerte.

- XI -

Corta alegría, inútil vanagloria,
deseos en ingrato afán perdidos,
suspiros tarde en mi dolor crecidos,

despojos que aborrezco, de impía historia,

Para amargo temor de la memoria 5

vos halláis en mi daño reducidos;

mas, después de mis males pretendidos,

mal podéis pretender mayor victoria.

Conozco al fin y siento bien mi engaño,

que el dardo que en mi pecho temblar veo
10

mostró fiera experiencia de mi afrenta.

Dejadme, pues huís, mi desengaño;

que ni vuestra promesa ya deseo,

ni el bien de vuestra pena me contenta.

- XII -

Veo el ajeno bien, veo el contento
que ofrece blando amor al pobre estado;
y como al fin doliente, acongojado,
busco un liviano engaño a mi tormento.

Aparto de la pena el pensamiento, 5
y espero, osadamente aventurado,
nueva gloria en la fuerza del cuidado,
y doy valor seguro al sufrimiento.

Surte incierto mil veces mi deseo,
la presa desaparece por quien muero, 10
y se remonta con desdén perdido.

Temo ser otro insano Salmoneo,

que fingió el no imitable rayo fiero,

y fue con rayo abrasador herido.

- XIII -

Las hebras que cogía en lazos de oro
con arte vuestra blanca y tierna mano,
miraba, y el semblante altivo y llano
y la florida luz que amando adoro.

Creía en vos del sacro excelso coro 5
que el esplendor se unía soberano;
porque en sombra, aunque bella, y traje humano
no vio tal bien el orbe y tal tesoro.

Cuando rompiste leda el dulce espanto,
que de vos parte ausente y solo apena, 10
preguntando: «¿Qué fuerza me arrebatá?»

Yo, que temo partirme, suelto en llanto,

digo: «Pienso que a muerte me condena
del cruel vuestro amor la saña ingrata».

- XIV -

En este que prosigo, espacio incierto,
armado con los riscos y espantoso,
descubro estrecho paso y afanoso,
dudosa salud siempre y daño cierto.

Huyendo entre las peñas del desierto, 5
dilato el rastro del dolor penoso;
resuena áspero el viento, y el hermoso
cielo yace en tinieblas encubierto.

Ya corro despeñándome sin tiento,
ya doy en las espinas con los ojos, 10
y no hallo algún fin en mi camino.

Cánsase y desespera el sufrimiento,
y no teme el peligro y los abrojos

cuanto llevar presente el mal contino.

- XV -

Crece y alienta fiero en el nemeo
león, y imprime su furor presente,
y en el orbe terrestre esfuerza ardiente
las llamas el dañoso Iperioneo.

Y cuando amor, ingrato a mi deseo, 5
descubre en su león más inclemente
los rayos, acabar indignamente
mi estéril esperanza triste veo.

Abrasa el corazón, do nunca el frío
tuvo lugar, ¡ay, oh dolor penoso,
a quien otro ninguno es semejante!

No puede amortiguar el llanto mío
este incendio; que el Betis espumoso
ni todo el grande Océano es bastante.

- XVI -

Ardía, en varios cercos recogido,
del crispante cabello en torno, el oro,
que en bellos lazos coronado adoro,
dichoso en el dolor del mal sufrido.

Vibraba el esplendor esclarecido 5

y dulces rayos, del amor tesoro,
por quien en pérdida busco fiel y lloro
la gloria de mi daño consentido.

Veste negra, descuido recatado,
suave voz de angélica armonía 10

era, medida y trato soberano.

Yo, que tal no esperaba, transportado,
dije, en la pura luz que me encendía:

«No encierra tal valor semblante humano».

- XVII -

De bosque en bosque, de uno en otro llano,
solo, en medroso horror y sombra oscura,
voy suspirando ausente, y la luz pura
busco, que me encubrió el amor tirano.

5

Corto el río y traspaso el monte en vano;
que no se debe más a mi ventura;
el bien que la esperanza me procura
huye y se me desliza de la mano.

En este duro estrecho me lamento,
porque sea mi daño manifiesto 10
y alguno se conduela en mi cuidado.

No cohorta al fin esto mi tormento;

que tanto mi dolor es más molesto
cuanto de ajeno pecho más llorado.

- XVIII -

En tu cristal movable la belleza
veo, Nereo padre, figurada
de mi luz, que de rayos coronada,

muestra alegre su gracia y su grandeza.

Tus ondas vibran y arden con la alteza 5

de la llama titania, y la rosada
frente alabo, y de púrpura imitada

en ellas, y de nieve la pureza.

Si alzo al polo los ojos, donde junto

te pinta su color, presente miro 10

de mi lucero el dulce ardor florido.

Y dudoso del bien, al mismo punto

vuelvo, y en tu fulgente ponto admiro

su esplendor, y en el cielo dividido.

- XIX -

Del fiero Marte el canto numeroso

y de la selva olvido, y verde prado

la avena, porque vuelvo al fin cuitado,

en gloria de quien turba mi reposo;

de aquel cruel, que fuerte y poderoso, 5

terror de hombres y dioses y cuidado,

me forzó a tolerar el mal de grado,

y en mi pasión me agrada estar lloroso.

El silencio, el semblante descontento

y el confuso gemido es muestra abierta 10

de mi penoso y luengo desvarío.

No me duele aunque inmenso, mi tormento;

duéleme que mi pena, a todos cierta,

no conozca quien causa el error mío.

- XX -

Tal alto esforzó el vuelo mi esperanza,
que mereció perderse en su osadía;
yo bien lo sospechaba y le temía
de su atrevida empresa la venganza.

No me escuchó, y siguió con confianza 5
que huyó con los bienes que tenía;
y conmigo en tal cuita y agonía
se adolece y lamenta en la mudanza.

Para aliviar la culpa en tanto daño,
de Faetón el rayo le recuerdo, 10
y de su intento ufano la memoria;

que solo ya me sirvo del engaño,
en mi mal, y en mi error, penando pierdo

sin razón, las promesas de mi gloria.

- XXI -

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,
y dulce de mi daño es la memoria
cuando renueva amor la antigua historia
que a su grave tormento me condena;

mas cuando hallo mi esperanza llena 5
de bien y de promesas de victoria,
un súbito dolor turba mi gloria,
y todos mis contentos desordena;

que será esta luz pura de belleza
la fe del justo amor en poca tierra 10
vuelta, y el fuego muerto que me inflama.

¡Oh vano ardor de la inmortal flaqueza!
¿Si el fin que ofrece paz de tanta guerra

no dejará aun ceniza de mi llama?

- XXII -

¿A do tienes la luz, Héspero mío,
la luz, gloria y honor del Occidente?
¿Estás puesto en el cielo reluciente
en importuno tiempo y seco estío?

Lleva tu resplandor al sacro río, 5
que tu belleza espera alegremente,
y el céfiro te sea otro oriente,
hecho lucero, y no Héspero tardío.

Merezca Betis fértil tanta gloria,
que solo él de estas luces ilustrado, 10
a tierra y cielo lleve la victoria:

Que tu belleza y resplandor sagrado
hará perpetuo, de inmortal memoria,

mientras corriere al mar arrebatado.

- XXIII -

Las luces do el amor su fuerza apura
con el sereno ardor de sus centellas;
el oro cresco, en mil sortijas bellas
de rayos coronado, y llama pura;

las palabras vestidas de dulzura, 5

que la armonía celestial en ellas
parece, el pecho duro a mis querellas,
la mano que a la nieve vuelve oscura,

son causa del tormento y dolor mío,

con muchas que callando siento y veo, 10

y no me valen en mi esquiva suerte.

En su dureza sólo el bien confío;

porque a vana esperanza y gran deseo

no se debe pedir sino la muerte.

- XXIV -

Incendio de Troya

El bravo fuego sobre el alto muro
del soberbio Ilión crecía airado,
y todo por mil partes derramado,
se envolvía confuso en humo oscuro.

Caía traspasado por el duro 5
hierro, y ardía en llamas abrasado,
y se rendía al ímpetu del hado
del Frige osado al corazón seguro.

Solo el rey de Asia, muerto en la ribera,
grande tronco ¡ay cruel dolor! yacía, 10
y su cuerpo bañaba el ponto ciego.

¡Oh fuerza oculta de la suerte fiera!

Que cuando Troya en fuego perecía,

falte a Priamo tierra y falte fuego.

- XXV -

Acabe ya el lamento grande mío,
con quien inundo, Betis, tu corriente;
que mi dolor acerbo no consiente
perpetuo estado a tanto desvarío.

Este fuego en quien ardo gaste el frío, 5
rompa este yugo estrecho ya mi frente,
y amor en sus rendidos no me cuente;
que del a luengo paso me desvíó.

No me tendrá en confuso error su olvido,
su desdén, su rigor y su tormento, 10
que tanto se cansaron en mi pena.

Mas yo ¿qué digo, ausente y ofendido,

si el impío ofrece siempre al pensamiento

de mi astro fatal la luz serena?

- XXVI -

Betis, que en este tiempo solo y frío

escuchas mi dolor, del hondo asiento,

acoge en tu quieto movimiento

los últimos suspiros que yo envío;

y, si tiene valor tu sacro río, 5

dame que en árbol verde mi tormento

lamente transformado, que ya siento

débil la voz, cual cisne, al canto mío;

porque con nuevas ramas tu corriente

cercaré coronando, y destilado 10

iré en tu luengo curso y extendido;

que mi luz ceñirá su bella frente

de mis hojas, o en llanto desatado,

seré en sus blancas manos recogido.

- XXVII -

Yo vi a mi dulce Lumbre que esparcía
sus crespas ondas de oro al manso viento,
y con suave y tierno movimiento
mi duro corazón enterneecía;

mi rustiqueza y torpe rebeldía 5
perdió, vencida, el obstinado intento,

y en blando y regalado sentimiento

trocó mi alma la aspereza mía.

Nunca me vi más preso ni rendido,
y nunca vi en mi Luz mayor dureza, 10
ni más recio desdén mi largo olvido.

A término tan grave y estrechez,
casas, mi triste suerte me ha traído,
que temo de mi Lumbre al belleza.

- XXVIII -

Largos, sutiles lazos esparcidos
por el rosado cuello y blanca frente;

dorada diadema, ardor luciente,
llenos de mis despojos ofrecidos;

tiernos y bellos ojos encendidos, 5

rayos de amor, por quien mi pecho siente

la herida inmortal que llevo ausente

abrasada mi fuerza y mis sentidos;

dichoso yo, que merecí cadena
de vuestras ricas hebras, y la llama 10

que de voz procedió en estos mis ojos.

¡Oh, si pudiera acrecentar la pena

y avivar más el fuego que me inflama,

para daros debidos los despojos!

- XXIX -

El duro hierro agudo que la mano,
rica de mis despojos por vos siente,
y la sangre esparció que amor ardiente
guardó cual néctar puro y soberano;

guiolo amor, y abrió manso y humano 5
lugar al dolor vuestro tiernamente;
que el mal que siento grave y vehemente,
blando siente el cruel pecho tirano.

La herida terrible que en mis ojos
de los vuestros entró, y causó mi pena, 10
venganza toma ahora en vuestro yerro.

No es culpa vuestra, es gloria a mis despojos;

y así, que os hiera el dulce amor ordena,
como a mí vuestros ojos, vuestro hierro.

- XXX -

Las hebras de oro puro que la frente
cercan en ricas vueltas, do el tirano
señor teje los lazos con su mano,
y arde en la dulce luz resplandeciente;

cuando el invierno frío se presente, 5
vencedor de las flores del verano,
el purpúreo color tornando vano,
en plata volverán su lustre ardiente.

Y no por eso amor mudará el puesto;
que el valor lo asegura y cortesía, 10
el ingenio y del alma la nobleza.

Es mi cadena y fuego el pecho honesto,
y virtud generosa lumbre mía,

de vuestra eterna, angélica belleza.

- XXXI -

Si a mi triste memoria en hondo olvido
desierta sepultase sombra oscura,
jamás yo ausente en mísera figura
lamentaría el daño no debido;
mas preséntela llevo, y voy perdido 5
por cierto error a estrecha desventura,
y es muerte fiera él, ya de mi ventura
rico despojo al corazón caído.

De mi gloria me acuerdo para pena,
del mal para dolor, y nunca veo 10
o pienso cosa ajena de mi engaño.

Pobre de bien mi suerte, y de afán llena
fue; y aunque no, bastara mi deseo
para no dar lugar al desengaño.

XXXII

Mario en Cartago

Del peligro del mar, del hierro abierto
que vibró el fiero Cimbro, y espantado,
huyó la airada voz, salió cansado
de la infelice Birsa Mario al puerto.

Viendo el estéril campo y el desierto 5
sitio de aquel lugar infortunado,
lloró con él su mal, y lastimado,
rompió así en triste son el aire incierto:

«En tus ruinas míseras contemplo
¡oh destruido muro! cuánto el cielo 10
trueca, y de nuestra suerte el grande estrago.

«¿Cuál más terrible caso, cual ejemplo
mayor habrá, si puede ser consuelo
a Mario en su dolor el de Cartago?»

- XXXIII -

No es tan duro mi pecho que no sienta
la fuerza del dolor que en él desciende;
mas amor, por más daño, me defiende
que descubra las llagas de mi afrenta.

quiere que calle el mal y que consienta
la pena que me aqueja y siempre ofende,
y en fuego desusado tarde enciende
el corazón, que en llama se sustenta.

Si esta grave pasión no perturbara
el pecho, bien pudiera confiado 10
llegar al dulce fin de la alegría;
mas ¡ay, cuánto es esta esperanza cara!
y por mirar su bien ¡cuánto ha pasado

de afán y de tormento la alma mía!

- XXXIV -

Este lauro que tiene en su corteza

verde escrita la honra de mi pena,

y en él el manso céfiro resuena
mi mal, su resplandor y su belleza;

cuando el sol elevado en más alteza 5

se vio, me dio en sus hojas sombra llena;

fue el calor blando y la congoja buena,

y entonces me alegraba la aspereza.

Ahora, ¡oh triste hado, avaro cielo!

que deja el sol ardiente el paso abierto, 10

y todo el mal y daño en mi fortuna,

con llanto eterno y falta de consuelo

miro el lauro, y padezco en el desierto,

por su culpa, el calor que me importuna.

- XXXV -

Del mar las ondas quebrantarse vía
en las desnudas peñas, desde el puerto;
y en conflicto las naves que el desierto
Bóreas, bramando con furor, batía,

cuando gozoso de la suerte mía, 5
aunque afligido del naufragio cierto,
dije: no cortará del Ponto incierto
jamás mi nave la temida vía.

¡Mas, ay triste, que apenas se presenta
de mi fingido bien una esperanza 10
cuando las velas tiendo sin recelo!

Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
me niega la salud y la bonanza,

y en negra sombra cubre todo el cielo.

- XXXVI -

Ardientes hebras do se ilustra el oro,

de celestial ambrosía rociado
tanto mi gloria sois y mi cuidado

cuanto sois del amor mayor tesoro,

luces que al estrellado y alto coro 5

prestáis el bello resplandor sagrado,

cuanto es Amor por vos más estimado

tanto humildemente os honro más y adoro.

Purpúreas rosas. perlas de Oriente,

marfil terso y angélica armonía, 10

cuanto os contemplo tanto en vos me inflamo

y cuanta pena el alma por vos siente

tanto es mayor valor y gloria mía,

y tanto os temo cuanto más os amo.

- XXXVII -

Viví gran tiempo en confusión perdido

y todo de mi mismo enajenado;
desesperé de bien, que en tal estado
perdí la mejor luz de mi sentido.

Mas cuando de mí tuve más olvido, 5

rompió los duros lazos al cuidado
de Amor el enemigo más honrado,
y ante mis pies lo derribó vencido.

Ahora que procuro mi provecho

puedo decir que vivo, pues soy mío,

libre, ajeno de Amor y de tus daños.

Pueda el desdén, Antonio, en vuestro pecho

acabar semejante desvarío
antes que prevalezcan sus engaños.

- XXXVIII -

Desea descansar de tanta pena,
conociendo ya tarde el desengaño,

mi alma, hecha a su dolor extraño,

y del perdido tiempo se condena.

Ve su triste esperanza de ansias llena, 5

poco bien, mucho mal, perpetuo daño,

y las glorias debidas cierto engaño,

que el su dulce tirano al fin ordena.

Siente sus fuerzas flacas y sin brío,

y su deseo vano y peligroso, 10
y medrosa levanta appena el vuelo.

Amor, porque no crezca en ella el frío,

el fuego aviva do arde, y sin reposo

busca y gime, hallando luz del cielo.

- XXXIX -

El suave color que dulcemente
espira, el tierno ardor de rosa pura,

la viva luz de eterna hermosura,
el sereno candor y alegre frente;

el semblante do yace amor presente, 5

la mano que a la nieve de blancura
orna, pueden volver la noche oscura
en día y claridad resplandeciente.

En vos el sol se ilustra, y se colora
el blanco cerco, y ledas las estrellas 10
fulguran, y las puntas de Diana.

Tal vos contemplo, que la roja aurora
y de Venus la lumbre soberana,
en vuestra faz ardiendo son más bellas.

- XL -

Alzo el cansado paso, y a la cumbre,
sufriendo encima esta pesada carga,
pruebo llegar; mas la distancia larga
me ofende, y más la grave pesadumbre.

Bien que me esfuerza una pequeña lumbre
5
que veo lejos; pero no descarga
esto mi afán penoso, antes alarga
de mi prolijo error la incertidumbre.

Con el peso abrazado desfallezco;
que mi obstinada afrenta no consiente 10
que desampare ya esta empresa mía.

Luchando con el mal, pruebo, y me ofrezco
al peligro, esperando ver presente

alegre en tantos tristes algún día.

- XLI -

El fuego que en mi alma se alimenta,

y consume al estéril duro frío,
da vida al casi muerto pecho mío,

y en virtud de sus llamas me sustenta.

Justo es que muera y viva en él y sienta 5

la gloria de mi dulce desvarío,
porque de mis trabajos yo confío

la esperanza del premio en quien me alienta.

Como en inmenso frío junta espira

inmensa oscuridad, cuya tristeza 10

ocupa el corazón con grave pena:

Así con el excelso ardor conspira

excelsa luz, que deja en su belleza

mi alma de alegría y de bien llena.

- XLII -

De vos ausente, ocupa en llanto el día,
y la noche me acoge en mi lamento,
y para más dolor, conmigo cuento
mi breve bien perdido y alegría.

Vuestro duro rigor ya bien debía 5
enternecerse de mi sentimiento,
y descubrirme en tanto apartamiento
un rayo solo de la lumbre mía.

Pero si vos queréis con este olvido
alentar la pasión que me maltrata, 10
lo hecho sobra ya para venganza.

Mas aunque en soledad y aborrecido,
no podréis, aunque más podáis, ingrata,
que yo no os ame, ajeno de esperanza.

- XLIII -

Lloro solo mi mal, y el hondo río
en sus turbadas ondas lleva el llanto;
ya es tiempo, digo, Amor, en triste canto,
que pongas justo fin al dolor mío;

que sigo ausente sin tu desvarío, 5
y en tu vana esperanza me levanto,
y en este paso desamparas cuanto
de tu promesa y tu valor confío.

Ya es tiempo, Amor, que el áspero tormento
acabe, o que mi vida se deshaga, 10
la esperanza, el deseo y osadía;
que en tanto mal ya falta el sufrimiento,
y el crudo golpe de esta acerba llaga
al íntima llegó del alma mía.

- XLIV -

Pues la flor do crecía mi esperanza
quemó duro rigor de ingrato hielo,
y a mi ardiente deseo negó el cielo
de fortuna mejor más confianza,
do el sol con tibio rayo tarde alcanza, 5
y luenga sombra ofende el mustio suelo,
daré ausente, olvidado, sin consuelo,
a mi injusta osadía igual venganza.

Mas no sufre la fuerza que padezco
tan corta paga en tanto atrevimiento; 10
que en la ausencia el dolor es menos fiero.

Llega ya a estrecho tal, que no merezco
alabanza ni culpa en mi tormento;

tanto es grande mi mal, que desespero.

- XLV -

Lloré y canté de amor la saña ardiente,
y lloro y canto ya la ardiente saña
de esta cruel, por quien mi pena extraña
ningún descanso al corazón consiente.

Esperé y temí el bien tal vez ausente, 5
y espero y temo al mal que me acompaña,
y en un error, que en soledad me engaña,
me pierdo sin provecho vanamente.

Veo la noche antes que huya el día,
y la sombra crecer, contrario agüero. 10
¿Mas qué me vale conocer mi suerte?

La dura obstinación de mi porfía

no cansa ni se rinde al dolor fiero,

mas siempre va al encuentro de mi muerte.

- XLVI -

A un capitán valeroso

El trabajo de Fidia ingenioso,
que a Júpiter Olimpio dio la gloria,
fue soberbio despojo de victoria
al tiempo, en nuestra injuria presuroso;

pero al valor de Aquiles animoso 5

el siempre insigne Homero alzó la historia,
y dio a la fama eterna su memoria
con alta voz del canto generoso.

Yo, que mal puedo ser en honra vuestra
nuevo Homero, consagro, luz de España,
10 de mis incultos versos la armonía;

Mas si me mira Caliope diestra,

valdrá, si mi deseo no me engaña,

mas que Fidia mortal la musa mía.

- XLVII -

Triste esperanza, incierta, en blando pecho

por luengo tiempo inútil engendrada,

que mi descanso y gloria aventurada

en temor truecas vano y en estrecho,

huye de mí, que sobra el daño hecho; 5

sigue en otra ocasión mejor entrada;

porque en vida tan mísera y cansada

es toda tu porfía sin provecho.

Si este lugar lloroso te contenta,

busca mejor fortuna al pobre estado, 10

y sosiego al furor del dolor mío;

que atendiendo el deseo me atormenta,

y caído y sin fuerzas mi cuidado,

me estrecha el corazón con torpe frío.

- XLVIII -

Razón es ya que la cansada vida,
tanto tiempo sujeta al amor vano,
huya el fiero poder de este tirano,
y ya deslace mi cerviz caída.

Perezca la esperanza aborrecida, 5
el deseo abatido y mi liviano
intento; que mi bien ya está en mi mano,
ya tengo mi fortuna conocida.

Seguro podré ver de hoy más la suerte
del mísero amador, el vil denuesto, 10
el congojoso miedo, el celo frío;
que no podrá respeto de mi muerte
hacer que mude el curso al fin propuesto;
tal ejemplo es el grave dolor mío.

- XLIX -

Fueron de un corto bien que huye luego,
antes que vuelva la ocasión la frente,
muestras las que el Amor halló presente,
con mi alma ardió en su eterno fuego.

Pero glorias de un niño solo y ciego, 5
que cedo las deshace un accidente,
¿cómo pueden valer a un pecho ausente,
que en su dolor no alcanza algún sosiego?

Fundé mis esperanzas en arena,
que el viento esparce, airado, sin concierto,
10
y rendido al temor, perdí el recelo.

Cayeron, y el cruel, por mayor pena,
en altas nubes desmayó desierto,

ni alzar osando ni inclinar el vuelo.

- L -

Duro es este peñasco levantado,
que no teme el favor del bravo viento,
fría esta nieve, que el soberbio aliento
del Aquilón arroja apresurado;

5

más duro es vuestro pecho y más helado,
en quien la piedad no ha hecho asiento,
ni el fuego de amoroso sentimiento
en él jamás, por culpa vuestra, ha entrado.

Sordas las ondas son de aqueste río,
pero más sorda vos a mis clamores,
que aún poco os pareció ser dura y fría.

10

Mas todo este dolor del pecho mío
no causa tantas penas y dolores
cuanto la soledad del alma mía.

- LI -

Al Betis

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro;
superior al Tajo, Duero y Ebro,
sagrado Ispalo río, a quien celebro,
corre ufano al ondoso ponto mauro.

Tu bello mirto rinde al verde lauro 5
y a las mejores hojas del enebro;
cuanto es mayor el lauro que el enebro
tanto es el mirto inferior el lauro.

Sólo falta, conforme a tu alta gloria,
lugar en el luciente y firme cielo 10
con el nombre de Eridano trocado.

Mas, ya que se te niegue esta victoria,
serás en el dichoso hesperio suelo
cual Eliconio Olmeo venerado.

- LII -

La viva llama daís y luz ardiente
del rosado esplendor y faz serena,
la gracia y risa eterna, de amor llena,
a Venus bella, a Faetón luciente;

al cielo el que vos dio valor presente, 5

la suave armonía que resuena
en vuestra dulce boca a su sirena,
el olor, perlas y oro al Oriente;

la mano y color lúcido al aurora,

las flechas al Amor, que en mí herido 10

pecho gasta cruel con ardor ciego;

a mi triste vos place dar, Señora,

sólo esquivo desdén, ingrato olvido,

que en nuestro hielo encienden mi impío fuego.

- LIII -

Probó atento el artífice dichoso
a la imagen impresa y forma pura

hacer no inferior la hermosura,
por quien Betis va al piélago pomposo.

5 La gracia dio, dio el resplandor hermoso
que en la nieve la púrpura figura,
lumbre que a la tiniebla vence oscura,
mas que todos osado y temeroso;

pero la majestad de la belleza
tierna, y serena gloria de la frente, 10
y ojos dulces do el blando amor se cría,

no pudo, y justo fue que su rudeza
vuestra beldad no alcance floreciente,
sola entre tantas, ¡oh ínclita María!

- LIV -

La muerte pido, un corazón amante
vos me entregáis, y me dejáis ausente
de las bellas lazadas de oro ardiente
y del sereno y celestial semblante.

¿Por qué no temo pues el mal instante, 5
aunque sus rayos Marte ya clemente
contraiga, si el dolor que está presente
cansa el pecho en sus lástimas constante?

Este afán no esperado, esta partida
el errante furor enciende fiero, 10
no el trabajo cruel de enferma suerte.

Tal me hallo en la ausencia aborrecida,

que el dado corazón fue triste agüero

al duro cierto riesgo de la muerte.

10

Tuve esperanza incierta de mi ufana
muerte, viendo el valor de mi tormento;
y confié este error de mi osadía.

Mas ¡ay! que tanta gloria suerte humana
no alcanza, y no se debe al mal que siento

el bien que me negáis, Estrella mía.

- LVI -

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto;
que de mis esperanzas derribado,
me veo en tal miseria y apartado
de aquella luz que ausente alabo y canto?

Mi alma no soporta pesar tanto, 5
y el nudo que la estrecha desatado,
ligera ira con vuelo acelerado,
sin descansar siguiendo su ardor santo.

Si esta indigna corteza la retarda,
y lenta engaña el gozo de su gloria, 10
corta, Amor, corta presto el flaco aliento;
que sólo el bien que en mi dolor me guarda,
por la vida que pierdo tal victoria

dará, que en precio exceda a mi tormento.

- LVII -

Aquí donde florece la belleza,
en cuyo dulce fuego el Amor prueba
su flecha y mil trofeos nobles lleva,
vi de mi luz serena la pureza.

Mi bien, que fue el valor y su grandeza, 5
en mi memoria mísera renueva,
y entre pasado afán y cuita nueva
no espero algún remedio a mi tristeza.

De mi gloria ¡oh dichoso antiguo puesto!
¡Cuál desigual semblante en ti contemplo!
10 ¡Cuán gran mudanza aflige la alma mía!

Oscuro el día, y siempre el sol molesto
te hiera, y seas de mi mal ejemplo
hasta que en ti renazca mi alegría.

- LVIII -

Mientras Amor entrega los despojos
de quien suspira tierna y cuida y ama,
yo en vano ausente ardo en tibia llama,
viendo trocar mis flores en abrojos.

Vos en vuestro esplendor honráis los ojos,
5
yo voy a do mi ciego error me llama;
vuestro sol vos regala y vos inflama,
yo en lenta pena enciendo mis enojos.

Dichoso vos, que nunca o vuestra gloria
fue de penosas ansias ofendida, 10
o sentisteis la fuerza del veneno;

mas yo jamás, mezquino, sin memoria,

sin triste mal de amor pasé la vida,
y del más corto bien fui siempre ajeno.

- LIX -

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho
ufano dulcemente con mi pena,
y que anudarnos pudo en su cadena
el ya cortés amor con lazo estrecho.

Yo veo el bien que tuve ya deshecho, 5
y mi segura fe de cuitas llena,
y que el ingrato en impío afán condena
a quien halla en su agravio satisfecho.

Yo vi que no fui indigno de la gloria
que en su rigor me usurpa la mudanza, 10
y en sombra del olvido ya me veo.

Entristézcome siempre en la memoria,
desfallezco medroso en la esperanza,

y al fin pierdo la vida en el deseo.

- LX -

Si el fuego idalio el tierno canto inspira,
y en tu pecho, Amalteo, algún cuidado
la estrella infunde ya que en mar turbado
te guía, osa herir tu culta lira.

Por ti Betis humilde al Tebro admira, 5
Tebro, mayor que el Arno celebrado,
y entre lucientes astros colocado,
envidioso Erídano lo mira.

Contigo calla el coro de Elicono,
que baña el cuerpo en su cristal corriente,
10 y pierde el dulce niño los despojos;

que del materno mirto la corona
teje para ceñir tu sabia frente,
o canta o cierre siempre Amor sus ojos.

- LXI -

Si yo puedo vivir de vos ausente,
fálteme siempre el bien y ofenda al cielo,
y al débil cuerpo mío en leve vuelo
la alma, suelte del peso, no sustente.

Si puedo respirar sin el presente 5
vigor de vuestra luz, el impío suelo,
lleno de eterna sombra y desconsuelo,
entre el perdido número me cuente.

Si padezco doliente y apartado,
si se enajena el bien que en vos tenía, 10
¿Por qué no rompe el pecho esta mudanza?

Si muero do se pierde mi cuidado,
a mis ojos Amor ¿por qué no envía

un solo rayo dulce de esperanza?

- LXII -

A Alfonso Ramírez de Arellano, autor de un soneto en su elogio

Alfonso, vuestro noble y grave canto,

con quien de eternos giros la armonía

asuená, celebrar de la luz mía

debiera la belleza que honro y canto;

que yo la dura fuerza de mi llanto 5

muestro, y mal fiero y la ponzoña fría,

y el bien que a mi esperanza se desvía,

cuando en cuitoso son la voz levanto.

No que a mi nombre humilde diera gloria,

que ya osa alzar igual por vos la frente, 10

a quien ilustra el Arno, grato al cielo;

mas estimar si puedo esta memoria

verá el ilustre reino de Occidente

cuánto en vuestra alabanza ensalzo el vuelo.

- LXIII -

A los que murieron en África con el rey don Sebastián

Con triste voz ¡oh triste musa! suena
de estos excelsos héroes la memoria,
de quien recela el hado la victoria
y las mustias exequias mustia ordena.

Porque puede cantar, si en tanta pena

5

da lugar el dolor, la ingrata historia,

es parte en tanto en honra suya y gloria

el jacinto, amaranto y azucena.

Vos, no rendidas almas generosas,
con desigual asedio y dura suerte 10
en la ribera Libia, que el mar baña,

al cielo id veneradas, id dichosas;
que no osará negar soberbia muerte
que sois eterna luz y prez de España.

- LXIV -

De aquella ardiente luz y ardor luciente,
en quien los ojos abre el amor ciego,
centellas de suave y blando fuego
vuelan con alas de oro dulcemente.

Unas llegan al orbe, a do presente 5

Venus, estrellas puras forma luego,
que le ornan más, errando en bello fuego,
que el Héspero hermoso al Occidente;

Mas otras, descendiendo por mi suerte,
para darme valor al tierno pecho, 10
lo abrasan, condenado a eterna pena.

Yo pido, por envidia de mi muerte,

que en este corazón, de amor deshecho,

todas pongan mi alegre luz serena.

- LXV -

Suave Filomela, que tu llanto
descubres al sereno y limpio cielo,

si lamentaras tú mi desconsuelo,
o si alcanzara yo tu dulce canto,

prometer a mi cuita osara tanto, 5

que esperara el dolor algún consuelo,

y que tal vez moviera tierno celo

los ojos cuya bella lumbre canto.

Mas tú con puro acento y armonía

tu afrenta, y gimes bárbaros despojos, 10

yo, triste, mayor daño ausente lloro.

Quiera Amor que tu voz la pena mía

resuene, o que yo alivie mis enojos

vuelto en ti, rui señor blando y canoro.

- LXVI -

Volved, suaves ojos, la luz pura,
si a esto da lugar vuestra grandeza,
y templad mi dolor, que la dureza
no cabe en vuestra inmensa hermosura.

La soberbia y desdén harán oscura
la mucha claridad de vuestra alteza,
y no es blasón de singular belleza
trocar en mal el bien de mi ventura.

Después que Amor dejó, serenos ojos,
por vos el celeste orbe, el dulce puesto 10
mejoró alegre en vos, y honró la tierra.

Mirad o no mi cuita y mis enojos

(¡tal es mi noble afán!), yo estoy dispuesto
para morir ufano en esta guerra.

- LXVII -

El roto lazo había ya del muerto
fuego alegre del cuello sacudido:
mas fue en vano el reposo concedido,
y recreció mayor el desconcierto.

Amor a vuestros ojos trajo cierto 5
el corazón, y en ellos defendido,
allí encendió su flecha, allí herido
vos entregué mi pecho, al hierro abierto.

En la tibia ceniza resplandece
de vuestra dulce luz centella ardiente, 10
y su blando calor desata el frío.

¡Oh cuál venganza al justo rey se ofrece!

Porque ya vuestro ardor mi pecho siente,
y siente vuestro pecho el hielo mío.

- LXVIII -

Amor, ¿para qué vale el sufrimiento
en su pecho enseñado a tanta gloria,
si es todo lo que guarda la memoria
causa de afán al alma, y de tormento?

Porque no pierde triste el flaco aliento 5
quien perdió, y no en su culpa, la victoria,
y de su dulce bien la alegre historia
vio trocar en eterno sentimiento.

10 ¿Por qué se esfuerza en vano mi esperanza,
y ajeno en lengua ausencia de mi suerte,
me sostiene en dolor y llanto fiero?

Harto es al que padece en tal mudanza
poder honrar su vida con la muerte,

que lentamente llega al fin postrero.

- LXIX -

La luz serena mía, el oro ardiente,
en mil cercos lucientes dividido,
y en dulce nieve y púrpura teñido,
casa, el color suave de la frente,
canto, y como el ingrato Amor consiente,
5 ciego en su esplendor bello, estoy herido,
y oscurezco sus glorias ofendido
de tanto bien, con lira y voz doliente.
Oso, y aunque el deseo me levante,
el peso es grande, y culpa mi osadía 10
quien amara el peligro de mi pena;
mas el cielo cansó al soberbio Atlante,
y no es mayor su empresa que la mía,

pero si el vago error que me condena.

- LXX -

Cuando el dolor desmaya al sufrimiento,
estoy de todo bien desamparado,
y sacudir del cuello quebrantado
pruebo el yugo inmortal de mi tormento;

5

mas, viendo el oro terso suelto al viento,
o entre sortijas bellas enlazado,
vuelvo alegre de nuevo a mi cuidado;
¡tal dulce me es por él el mal que siento!

Al ardiente crisar de dulces ojos
del tierno y puro amor hermosa llama,
descubro sin temor el pecho abierto.

10

Mal puedo yo negarle mis despojos
si blanda enciende y áspera me inflama,

y con el mal y el bien me tiene incierto.

10

el oro la hermosa aurora mía,
blanco es el puro sol y blanco el día,
y blanco el color lúcido del cielo.

Blancas todas tus viras, que recelo, 5
es blanco el arco y rayos de alegría,
Amor, con que me hieres a porfía;
blanco tu ardiente fuego y frío hielo.

Mas, ¿qué puedo esperar de esta blancura,
pues tiene en blanca nieve el pecho tierno
contra mi fiera llama defendido?

¡Oh, beldad sin amor! ¡Oh, mi ventura!

Que abrasado en rigor de fuego eterno,

muero en un blanco hielo convertido.

- LXXII -

Por estrecho camino, al sol abierto
de espinas y de abrojos mal sembrado,
al tardo paso nuevo, y voy cansado
a do cierra la vuelta el mar incierto.

Silencio triste habita este desierto, 5
y el mal que hay me importa ser callado;
cuando acaballo cuido, acrecentado
veo el sendero y veo el daño cierto.

A un lado empina yerto inmensa cumbre
el monte hórrido, opuesto al alto cielo; 10
corta un despeñadero la otra parte.

Crece la sombra y anublar la lumbre

siento, y no hallo, solo en mi recelo,

a do pueda valerme alguna parte.

- LXXIII -

Temiendo su valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano
y el espantoso a todos otomano
la altiva frente inclina quebrantada.

Italia, en propia sangre sepultada, 5
el invencible, el áspero germano,
y del francés osado el pecho ufano
al yugo rinde la cerviz cansada.

Alce España los arcos en memoria,
y en columnas a una y otra parte 10
despojos y coronas de victoria;
que ya en tierra y en mar no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria,
ni resta más honor al fiero Marte.

- LXXIV -

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,
muera en ausencia vuestra perseguido,
y en ciego engaño y confusión perdido,
a remediar mi daño nunca atienda;

y jamás la esperanza me defienda 5

de ese injusto desdén y tibio olvido;
y cuando más me importe ser oído,
tarde la voz de mi dolor se entienda.

Pero si no da entrada el pensamiento
a cosa que no sea vuestra gloria, 10

y de cuanto es ajeno se desvía,
¿por qué negáis, ingrata a mi tormento,
que se ufane mi mal con la memoria

de ser la causa vos, Estrella mía?

- LXXV -

Cuando el fiero tirano de Oriente

la afrenta que sufrió con osadía
se aventura a pagar, y, España mía,

contrasta con valor su saña ardiente,

amor se esfuerza en mi pasión doliente, 5

y finge, y me presta una alegría,
vana, para que sienta en mi porfía,

del bien cayendo, el mal más duramente.

Yo cuido defenderme en mejor suerte,

y resistir sin miedo el duro asalto, 10

y descansar seguro en mi sosiego.

Cuando importa mostrar el pecho fuerte,

me pierdo, y hallo de valor más falto

y rindo el corazón al hierro y fuego.

- LXVI -

El sátiro que el fuego vio primero,
en su alegre esplendor embebecido,
llegó a tocar, y conoció, encendido
que era cuanto hermoso, ardiente y fiero.

5

Yo, que la luz vi, mísero, en quien muero,
vuelto llama, engañado y ofrecido
a mi dolor, no en llanto convertido,
cuidé triste acabar, como ya espero.

Belleza y claridad nunca antes vista
dieron principio al mal de mi deseo,
dura pena y afán a un duro pecho.

10

Padezco el dulce engaño de la vista;

mas, pues me pierdo al fin con cuanto veo,

¿Cómo todo ceniza no estoy hecho?

- LXXVII -

Alcé la vista acaso, descuidado
de mi futuro afán y cierta pena,
destejida del cuello la cadena,
que me trajo en mil males enredado;

y queriendo mirar ¡ay duro hado! 5

el puro ardor de aquella Luz serena,
en quien amor me inflama y me condena
y con sus flechas vibra el arco armado,

sus ojos en los míos se encontraron,
y con la fuerza de su fuego el pecho 10

sintió la aguda vira en las entrañas,

que no livianamente me abrasaron,
y el golpe fiero descendió derecho
a mostrar en mi alma sus hazañas.

- LXXVIII -

Eustacio, yo seguí al Amor tirano
esperando en su fe, por dolor mío;
que al intenso rigor y ardiente estío
prometido descanso busqué en vano.

Veo, y se me desliza de la mano, 5
la ocasión, y aunque en este invierno frío
inundo en luengo llanto el hondo río,
siento crecer el mal más inhumano.

Vos, a quien Febo dio la dulce lira
y la arte gloriosa de Melampo, 10
remediad la pasión de un vuestro amigo;
que la poción de aquella que suspira

por su cruel belleza el frigio campo,

tal vez podrá tener valor conmigo.

- LXXIX -

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento
que enceló la crudeza de esta llaga;
mas bien no sé, mezquino, ya que haga
en el dolor esquivo que consiento.

Oso y fallece el ánimo al tormento, 5
de mi arrojado intento justa paga;
pero, aunque más la pena me deshaga,
acabará en silencio el sentimiento.

Tan grave el golpe fue, que el fiero arquero
de las purpúreas alas quedó ufano 10
viéndome atravesado las entrañas.

Temblé al furor que trajo y gemí; empero

después ¡oh simple yo! alabé la mano

ocasión de estas ásperas hazañas.

- LXXX -

Aura mansa y templada de Occidente,

que con el tierno soplo y blando frío

halagas el ardor del pecho mío,

¿qué espíritu te mueve vehemente?

Ni Euro espira ni Austro suena ardiente

5

en el furor más grave del estío,

y tú abrasas el verde prado y río

cual el suelo africano el sol caliente.

Mas ¡ay! tú te encendiste en mi Luz bella,

y enemiga del bien de mi ventura,

10

abrasaste las ondas y las flores.

Cesa aura, no me enciendas más, que en ella

ardo siempre y me abraso en llama pura;

¡ah! no añadas más fuego a mis ardores.

10

Si con saña buscáis de Amor tirano 5

dolor eterno a un mísero desierto,

¿por qué hacéis ¡oh extraño desconcierto!

que mengue, y mi pasión fallezca en vano?

Más que mis esperanzas y alegría

rompa quien tanto bien, cruel, me aparta,

¿cómo sufre y no estalla un tierno pecho?

- LXXXII -

Bello cerco y ondoso, que enlazado
en sutil vuelta y varia de ámbar pura
tenéis mi preso cuello, que aun procura
hallarse más revuelto y anudado;

si el vigor de este fuego renovado 5

veo que abrasa ¡oh bien de mi ventura!
a aquella que me tiene, ingrata y dura,
ausente y de mí todo enajenado,

no habrá en el suelo nuestro ni en el cielo

hebras lucientes de oro terso tales, 10

no de amor tan hermosa red y llama;

ni aun en el cielo habrá, ni habrá en el suelo

despojos de cabello ilustre iguales,

honor o rica trenza de quien ama.

- LXXXIII -

Trenzas que en la serena y limpia frente
de anillos de oro crespo coronadas
formáis lucientes vueltas y lazadas,
donde el mayor Vulcano espira ardiente,

el Sol, o que aparezca en Oriente 5
con las puntas de llamas dilatadas,
o que las junte, de subir cansadas,
se rinde a vuestra luz resplandeciente.

Vos, mis hermosos cercos, anudado
tenéis mi cuello, y nunca espero el día, 10
principio a libertad, fin a la pena.

Porque alegre en el mal de mi cuidado,
de la prisión huir no pienso mía;

ni los lazos romper de esta cadena.

- LXXXIV -

Aquí do lloro en ti, fiel desierto,
y aquejo con mi llanto el son del río,
vi la luz y belleza y amor mío
en la serena noche al cielo abierto.

Esperé entonces vida, espero, muerto, 5
sepulcro ahora en este asiento frío,
y en el aliento último que envío,
perdón humilde haber de quien me ha muerto;

porque a tanta grandeza y hermosura
fue mi error temerario, y justa pena 10
la muerte, aunque menor que mis tormentos.

Mas nunca mi memoria será oscura;
que amor no siempre a olvido me condena,

pues muero osando grandes pensamientos.

- LXXXV -

Alma, que ya en la luz del puro cielo
ardes de santo fuego, a quien suspira
tu ausencia, con suaves ojos mira
y alienta a levantar el flaco vuelo.

Ceñida en torno tú de rojo velo, 5
la llama en mi lloroso pecho inspira,
porque sin odio, sin temor, sin ira
desprecié el vano amor y error del suelo.

Lloré yo tu partida, amé tu gloria,
y en tu último dolor creció mi pena 10
para seguir contigo el mismo hado.

Si la fe te renueva la memoria,
en esta sombra ven con faz serena

a consolar el corazón cuitado.

- LXXXVI -

En esta selva hórrida y desierta,
que tiene en temor triste el viento airado,
contemplo, en mis desdichas obstinado,
mi peligroso estado y vida incierta.

Hallo del impío amor la senda abierta, 5
que descubrió el principio a mi cuidado;
espacio luengo veo y no tratado,
salud siempre difícil, muerte cierta.

No veo árbol ramoso ni desnudo
que no sea mi bella fiera, y siento 10
cuajárseme la sangre al pecho fría.

¡Dichoso quien su miedo venció, y pudo
contrastar su pasión! Mas el tormento

que sufro no se rinde a mi porfía.

- LXXXVII -

Luces en quien su luz el sol renueva,
 y Cupido su llama, y las estrellas,
 con cuya claridad florecen bellas
 con el nocturno horror, con alba nueva.

¿Qué pesar os destiñe osado y prueba
desmayar el vigor de esas centellas?
¿Por qué no descubris con fuerza en ellas
de vuestro puro fuego alguna prueba?

Así podrá con llanto, dulces ojos,
turbar vuestro esplendor oscuro velo, 10
cual nube rara al vivo ardor de Apolo.

Después que al dolor dais estos despojos,

de luto cubre Amor su faz, y el cielo

confuso yace en triste sombra y solo.

- LXXXVIII -

Quejoso ya del tiempo mal perdido,
las armas con que al dulce rey tirano
ofrecido seguí, esperando en vano,
pongo, de mis deseos ofendido.

Basta en mi tierna edad haber crecido 5

Amor, que en mí cansó su diestra mano;
consejo me parece ya bien sano
desviarme del curso proseguido.

Bien puedo, y tengo fuerzas y osadía,
y valgo a contrastar su gran dureza 10
y negar de mis males la victoria.

Mas no sufre el cruel que en la alma mía
mi luz no me presente su belleza;
y así, me aflige y vence la memoria.

- LXXXIX -

Suspiro y pruebo con la voz doliente
que en su dolor espire el alma mía,
crece el suspiro en vano y mi agonía,
y el mal renueva siempre su accidente.

Estas penas, do solo muero ausente, 5
rompe mi suspirar en noche y día
y no hiere, ¡oh dolor de mi porfía!
a quien estos suspiros no consiente.

10 Suspirando no muero y no deshago
parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto,
y, cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerza Amor el suspirar que hago,
y como el cisne muere en dulce canto,

así acabo la vida en el suspiro.

- XC -

El tiempo que se alarga, al mal extraño,
y me muestra mis pasos bien contados,
si término pusiese a mis cuidados
sería a mi esperanza desengaño.

Que el oro, que me tiene en nuevo engaño
5
los ojos dulcemente regalados,
sin valor, a mis años mal gastados,
el remedio serían de su daño.

Pero si en él se aumenta el dolor mío,
si el oro es, y las luces, inmortales, 10
y es eterno el valor y altivo intento,

será de amor perpetuo el desvarío
y en las penas, que a todos son mortales,
renacerá contino mi tormento.

- XCI -

A Alfonso Ramírez de Arellano

Sola y en alto mar, sin luz alguna,
con tempestad sañosa yace y viento
mi popa abierta, y no abre el negro asiento
del cielo la confusa incierta luna.

Esperanza, Arellano, ya ninguna 5
procuro, ni se debe al pensamiento;
fallecen fuerza y arte, y triste siento
la muerte apresurárseme importuna.

Pues el amor me olvida y cierra el puerto,
y veo en las reliquias de mi nave 10
que el ponto esparce y vuelve mis despojos,

la veste y armas de este amante muerto
colgad, que restan del naufragio grave,
a la ara de mis bellos dulces ojos.

- XCII -

En los lucientes nudos enlazado,
ufano yo sufría mi tormento,
y en llama dulce ardía y puro aliento,
cual ave Arabia, en ella renovado.

Creía en tales lazos anudado 5
se escondía el cruel que el mal que siento
causa de su cadena, tan contento
cuan sin memoria alguna en mi cuidado.

Cuando los ricos cercos relazaron
el oro terso, a la aura desparcido, 10
y quedé nuevamente asido en ellos,
en los ramos que a suerte se enredaron
me abrasé, en vivo fuego convertido,

y amor se consumió en los bellos ojos.

- XCIII -

Sombra y vano temor del pensamiento
mi alma en un confuso error condena,
y aparece, de horror medroso llena,
la sañosa aspereza que lamento.

Desmaya en el silencio el sufrimiento, 5
y al ausencia ensandece más la pena;
crece y arde el desdén, y el miedo enfrena
las iras de un honrado sentimiento.

Revuelvo en la inquieta fantasía
cosas que dan principio a mayor daño, 10
y no acierto el remedio en tal mudanza.

¿De qué sirve huir, si mi porfía
contrasta, asegurada de su engaño,

y abraza en el peligro a la esperanza?

- XCIV -

¿Podrá ser que este afán indigno acabe,

y que de mi debida gloria cobre
un bien pequeño, y en mi mal me sobre

razón con que tu nombre Amor, alabe?

5

Gran bien te pido, pero en mi bien cabe;

mas cuando tu favor en mí más obre,

la esperanza se halla ya tan pobre,

que ni gozarlo puede ya, ni sabe.

Si no valgo este bien, ¿a cuánto aguarda

tu crueldad, que su furor no harta 10

en lo que más me vale y me disculpa?

O muerte o vida luego, que si tarda

cualquiera, y tu dudanza no se aparta,

será la dilación la mayor culpa.

- XCV -

A Fernando de Cangas

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento
muchos días dichoso, y si el turbado
reino de amor no tiene fiel estado,
entre los presos yo viví contento.

5

Después, por dar la vela al blando viento,
cuando la luz del cielo se ha mostrado
de aquel estrecho nudo desatado,
esparcí con el pie la llama al viento;

Mas la imagen de amor airada y fiera
siempre delante trae a mi enemiga,
tal. que estoy a la orilla del Leteo.

10

Si muriendo pasare su ribera,
escribase en mi mármol que huía
y que murió luchando mi deseo.

- XCVI -

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo

del contino servicio de mis años?

¿Esta es la cierta fe de tus engaños?

¿De tus promesas este es el despojo?

¡Ay, que bien yo merezco el mal que escojo,
5

pues que cierro los ojos en mis daños,

y huyo de tus claros desengaños,

y contra mí tan sin razón me enojo!

Porque no debe un noble entendimiento

tanto abatirse, que te de el imperio, 10

y de ti sólo penda su esperanza.

Mas ¿qué si yo amo y sigo mi tormento,

y por la gloria abrazo el vituperio,

y estimo por firmeza la mudanza?

- XCVII -

Aquel sagrado ardor que resplandece

en la belleza de la Aurora mía,
mi espíritu moviendo, al pecho envía

la pura imagen que en mi alma crece.

En ella está fijada, y de allí ofrece 5

al pecho su valor en compañía,
y de sí misma efectos altos cría,
con que mi ingenio y nombre se engrandece.

Vuelo tan alto, que con rayo fiero

o con ardiente sol fuera impedido 10

si no me diera aliento mi Luz pura;

mas, ya que muero como siempre espero,

ni en mar seré ni en río sumergido;

que el mundo me será la sepultura.

- XCVIII -

Temerario pintor, ¿por qué, di, en vano
te cansas en mostrar la hermosura
de la excelsa Heliodora, y la luz pura
y el semblante amoroso y soberano?

Será trabajo el tuyo sobrehumano, 5
que no debe esperar lo que procura.
¿Mas cuando ofreció el cielo tal ventura
al rudo conseguir de mortal mano?

Si tú, muy confiado en la grandeza
de toda la beldad, que espira en ella, 10
osares descubrir alguna parte,
pinta la misma imagen de belleza,
y si puede imitar las luces de ella

habrás llegado a perfección de la arte.

- XCIX -

Muestra de breve bien, que huye luego,
antes que la ocasión vuelva la frente,
fueron las que el Amor halló presente,
con que mi alma ardió en su eterno fuego;

pero glorias de un niño solo y ciego, 5
que presto las deshace un accidente,
¿Cómo pueden valer a un pecho ausente,
que no sabe que es tiempo de sosiego?

Alcé mis esperanzas sobre arena,
que el viento aparta y lleva sin concierto,
10 y no temo los golpes de mudanza;

cayeron, y el amor, por mayor pena,

quedó en la saltas nubes descubierto,
con temor, y sin fuerza y confianza.

- C -

A Baltasar de Escobar

Esas columnas y arcos, grande muestra
del antiguo valor, que admira el suelo,
olvidad, Escobar; moved el vuelo
a la insigne y dichosa patria vuestra;

que no menos alegre acá se muestra 5
o menos favorable el claro cielo,
antes en dulce paz y sin recelo
vida suave y ocio y suerte diestra.

No con menor grandeza y ufanía
que el generoso Treno al mar Tirreno, 10
Betis honra al Océano pujante;

mas si oye vuestra lira y armonía,
no temerá vencer, de gloria lleno,
la corriente del Nilo resonante.

- CI -

¿Adónde me dejáis al fin perdido,
ingratas horas de mi bien pasado?
¿Por qué no lleváis todo mi cuidado,
y con favor tan corto mi sentido?

Nunca volváis del puesto conocido 5

a amancillar el corazón cuitado;
torced antes el curso apresurado
a la oscura región del hondo olvido.

Corred, huid con alas presurosas,
horas de mi dolor, y mi memoria 10

arrebatad, el vuelo acelerando.

Si sois crueles tanto, envidiosas
por usurpar la sombra de mi gloria,
que a vosotras vais mismas acabando.

- CII -

Quien la luz de belleza amando adora,

si quiere ver la vuestra, al sol dorado

y al lucero de Venus estimado

mire, y la claridad de blanca aurora;

5

los rayos que esparciendo nuestra Flora,

de Diana el semblante venerado,

el valor, la grandeza, ingenio, estado

y cuánto el ser humano en sí atesora;

que en ellos vuestra alteza y hermosura

verá, y la aurora y Flora y sol vencido,

10

y rendirse el lucero con Diana;

Mas si hermosa, blanca la luz pura

volvéis, de casto amor dirá encendido,

que sois toda inmortal y soberana.

- CIII -

Al mar desierto, en el profundo estrecho,
entre las duras rocas, con mi nave
desnuda, tras el canto soy suave,
que forzado me lleva a mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho, 5
a quien rendí de mi poder la llave,
al peligro me entregan fiero y grave,
sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los huesos blanquear y siento
el triste son de la engañada gente 10
y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento,

que no me da lugar el mal presente,

ni osar me vale en el temor perdido.

- CIV -

Estoy pensando en mi dolor presente
y procuro remedio al mal instante,
pero soy en mi bien tan inconstante
que a cualquier ocasión vuelvo la frente.

5

Cuando me aparto y pienso estar ausente,
de mi peligro estoy menos distante;
siempre voy con mis yerros adelante
sin que de tantos daños escarmiente.

Noble vergüenza del valor perdido,
¿por qué no abrasas este frío pecho 10
y deshaces mi ciego desvarío?

Si tú me sacas de este error de olvido,
podré decir en honra de este hecho

que sólo debo a ti poder ser mío.

- CV -

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
tú, monte y bosque de árboles hermoso,
el uno y otro siempre venturoso,
que de las bellas plantas fue tocado;

Betis, con puras ondas ensalzado 5
y con ricas olivas abundoso,
¡cuánto eres más felice y glorioso
pues eres de mi Aglaya visitado!

Siempre tendréis perpetua primavera
y del Elisio campo tiernas flores 10
si os viere el resplandor de la luz mía.

Ni estéril hielo o soplo crudo os hiera,
antes Venus, las gracias, los amores

os miren y en vos reine la alegría.

- CVI -

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,
que el desmayado corazón doliente
ve el grave mal que más temió, presente,
y no cuida rendirse al triste hecho.

Obstinada porfía esfuerza el pecho, 5
y vence endurecido este accidente;
honra es, y no es valor, quien no consiente
que el mal tejido nudo esté deshecho.

Vos, que con generoso y alto vuelo
alzáis alegre el noble y dulce canto, 10
libre de este amoroso sentimiento,
herid la lira, y dad algún consuelo

a mi pena y afán antes que el llanto

último ponga fin a mi tormento.

- CVII -

Yo vi unos ojos bellos, que hirieron
con dulce flecha un corazón cuitado,
y que para encender nuevo cuidado
su fuerza toda contra mí pusieron.

Yo vi que muchas veces prometieron 5
remedio al mal, que sufro no cansado,
y que cuando esperé vello acabado,
poco mis esperanzas me valieron.

Yo veo que se esconden ya mis ojos
y crece mi dolor y llevo ausente 10
en el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse los despojos

y el caro premio de mi bien presente

y en ciego engaño de esperanza muero.

- CVIII -

Llegado al fin de cierto desengaño,
¿qué debo hacer más en mi tormento,
sino mostrar el ciego entendimiento
el error de su curso, siempre extraño?

Desespero, no temo ya algún daño, 5
huyo, osando en el mal mi perdimiento;
y aunque no gusto bien el bien que siento,
huelgo hallarme libre de mi engaño.

Mas todo es vanidad, todo es braveza,
de estos mis pensamientos desvalidos, 10
que con cualquier favor harán mudanza.

Mal excusar ya puedo mi flaqueza

si amor a mis mejores dos sentidos

promete viva lumbre de esperanza.

10

buscando el nuevo ardor del sol luciente,
porque desamparado el occidente,
vuestro esplendor no veo y mi alegría.

por donde humano paso no se siente;
mas llévame el osado amor presente,
pensando que a nacerme torna el día.

Encúbrense las luces que aparecen,
cuando en ellas humilde a vos me inclino,
y el oriente tardo se me aparta;
que las muestras en Ispal resplandecen,
y la tersa corona de oro fino,

do procuro que el cuerpo a veros parta.

- CX -

La falda y el tendido yerto lado
del abrasado Etna, a do suspira
del preso opreso, y con furor respira

el espantoso Encélado inflamado,

con yerba y verdes árboles ornado 5

florece, y todo el fuego que con ira
resonando su cumbre excelsa expira,
no ofende al fresco sitio variado;

mas el cruel incendio de mi pecho
consume, aunque pequeña, si aparece 10
la flor de la esperanza incierta mía.

Ardo todo, y en fuego al fin deshecho,
me rehago en su llama, y siempre crece

con el ardor la fuerza y la porfía.

- CXI -

La red, el hacha, la cadena, el dardo
que en el bello esplendor alegre veo
de mi luz, al Amor dieron trofeo,
y al fuego me llevaron en que ardo.

Apresa tan veloz jamás el pardo 5
saltó como el cruel a mi deseo;
yo resistí en mi ofensa, y no deseo
ser ya contra sus fuerzas más gallardo.

El orgullo, el desdén, el libre pecho
y ufanas esperanzas de victoria 10
son vergüenza del daño que consiento.

Tan sujeto y sin gloria alguna y hecho
estoy, por mi dolor, en mi tormento,

que sólo reina el mal por mi memoria.

- CXII -

Si Amor el generoso y dulce aliento
en mi rendido pecho ardiendo inspira,
yo ufano ensalzaré con noble lira
la hermosa ocasión de mi tormento.

5

Aquel que en tierno y nuevo y alto acento
celebró el verde lauro en quien espira
Erato, y a quien sigue, honra y admira
de Italia bella el docto ayuntamiento,

Oiría en le puro Elisio prado
entre felices almas la armonía 10
que llevaría deleitosa el aura,

y diría, del canto arrebatado:
«O es esta la suave lira mía,
o Betis, cual mi Sorga, tiene a Laura».

- CXIII -

Rojo sol, que con hacha luminosa
coloras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo
que iguale a mi serena luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa 5
que nos halagas con tu fresco vuelo
cuando el oro descubre y rico velo
mi luz, ¿trenza tocaste más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
de los errantes astros y fijados, 10
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, aura, luna, luces de oro,
¿oísteis mis dolores nunca usados?

¿Visteis luz más ingrata a mis querellas?

- CXIV -

Hebras que Amor purpura con el oro,

de celestial ambrosía rociado
tanto mi gloria sois y mi cuidado

cuanto sois del amor mayor tesoro,

luces que al estrellado y alto coro 5

prestáis el bello resplandor sagrado,

cuanto es Amor por vos más estimado

tanto humildemente os honro más y adoro.

Purpúreas rosas. perlas de Oriente,

marfil terso y angélica armonía, 10

cuanto os contemplo tanto en vos me inflamo

y cuanta pena el alma por vos siente

tanto es mayor valor y gloria mía,

y tanto os temo cuanto más os amo.

- CXV -

El bello nombre quiere Amor que cante
de mi Luz, por do en propia o tierra ajena
nunca otro español pie imprimió la arena,
siguiendo Cintia y Delia a vuestro amante.

Seré el primero osado que levante 5
la humilde voz do el Betis grande suena,
y que las flores coja a mano llena
del rico huerto nuestro y abundante.

Vos, a quien de Cefiso, Eurota, Ismeno
las dulces ondas bañan, y del Tebro, 10
oíd mi canto y dad a Amor la gloria;
porque admirando el esplendor sereno

de mi Luz, ni al Erídano ni al Ebro

pensaréis honrar con la victoria.

- CXVI -

Al puro ardor que vibran mis estrellas,
do Amor sus rayos temple en dulce fuego,
siente abierto mi pecho el daño luego,
apurando mi alma en sus centellas.

Cruelles, aunque siempre luces bellas,
que no me sufren consentir sosiego;
y es el mal que herido y preso y ciego,
la pena es galardón que nace de ellas.

Si algún lugar me finca de esperanza,
es para padecer, y en dura suerte
nueva ocasión presente a mis enojos.

Tal me tiene este ingrato en viva muerte,
que puedo ya decir sin confianza:

«Amor para mi error cerró los ojos».

- CXVII -

Puede oponerse, osando, mi cuidado
con razón al rigor del amor fiero,
y de este afán en que penando muero
buscar tarde el remedio no hallado.

Puede traer la culpa del pasado 5
error, y del presente y del que espero,
y darme a conocer que sigo y quiero
y amo mi perdición más obstinado.

Y no podrá romper el nudo estrecho
ni aliviar la cerviz del grave peso; 10
que tal valor su vil temor no encierra.

Sólo me muestra el mal al fin del hecho,

y aconseja que huya estando preso,
porque me haga el impío mayor guerra.

- CXVIII -

¡Oh cómo vuela en alto mi deseo,
sin que de su osadía el premio tema;
que ya las puntas de sus alas quema,
donde ningún remedio al triste veo!

Que mal podrá alabarse del trofeo 5
si cae, estando ufano, en la suprema
parte del fuego, en esta banda extrema,
y acaba con su error y devaneo.

Debía en mi fortuna ser ejemplo
Dédalo, no aquel joven atrevido 10
que honró el mar con la gloria de su nombre;

mas ya tarde mis lástimas contemplo;
si porque osé ya muero al fin perdido,

jamás empresa igual osó algún hombre.

- CXIX -

Cual planta, que pidiendo el alto cielo,
muestra el verde remate y la belleza,
y del sonante rayo la braveza
la arroja con estruendo, rota, al suelo;

tal mi esperanza ufana alzaba el vuelo, 5
mas de vuestro desdén cruel dureza
sin gloria la derriba, con tristeza,
cuando menos debía a su recelo.

La aura, quede Favonio blando espira,
no concede, indinado, a la alma mía 10
Amor, que no se harta de mi daño.

Rendido el desamor y a vuestra ira
sufro desesperado con porfía
de mi dolor la fuerza y vuestro engaño.

- CXX -

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,
mal grado de tu saña, Amor tirano,
librarme, y fue mi pensamiento vano,
que tú no me sufriste algún sosiego.

Tenté de tus engaños, rudo y ciego, 5
escaparme, y huyendo en campo llano,
vine a caer, oh mísero, en tu mano,
que tarde se conmueve a tierno ruego.

¡Cuánto, decía entonces, fortunado,
es quien se te defiende, señor fiero! 10
¿Mas quién, fiero señor, se te defiende?

¡Ay! que todo es esfuerzo imaginado,

que tu fuerza deshace el fuerte acero

y tu ingenio al más cauto engaña y prende.

- CXXI -

Do el mauritano ponto fiero baña
de la soberbia Argel el fuerte muro,
el cielo con terror y horror oscuro
amenazó al muerte a toda España.

5

Bramaba el mar, ardiendo en ira extraña;
bramando ardía airado el mar perjuro;
sólo en tanto pavor domó seguro
César del hado adverso la impía saña.

El piélago y aliento embravecido
abatieron su ímpetu indignado, 10
y respiró el medroso y libio suelo.

Ve alegre, corazón nunca vencido;

que la victoria no te impide el hado,
ni el viento y mar cruel; más todo el cielo.

- CXXII -

Si en mano del Amor yo puse el freno
de esta mi voluntad, no bien sujeta,
¿De qué me espanto pues que se prometa
traerme tan rendido y siempre ajeno?

Tarde llego al remedio; que el veneno
cruel destempla el pecho con secreta
virtud; no es justo ya en edad perfecta
andar lleno de afán, de afrenta lleno.

Pueda abrir la razón la niebla oscura,
y ose romper por esta selva espesa, 10
que mil buenos deseos embaraza.

Dura resolución, mas bien segura;

que quien teme el trabajo, y lento cesa,
el premio de la gloria en vano abraza.

- CXXIII -

Grande fue, aunque infelice, tu osadía,
que por guiar ¡oh hijo de Climene!
El carro en que gobierna solo y tiene
Febo el vivo esplendor que ilustra el día,

del fiero rayo muerto en yerta vía, 5
Eridano en sus ondas te sostiene;
gloriosos sepulcro, cual conviene
a tu alto corazón y a tu porfía.

Yo, que cuidé estrenar la pura lumbre,
y de mi sol regir los cercos de oro, 10
dichoso Automedón, con diestra suerte,
caí, abierto el pecho, de la cumbre,
y perdí, no la vida, el bien que lloro;

que en tal mal fuera el bien hallarla muerte.

- CXXIV -

El corazón huido busco y llamo;
el do el rigor esfuerza el duro hielo
entra, y sin miedo pisa estéril suelo;
yo, esquivando el dolor, mis males amo.

Las lágrimas y quejas que derramo 5
no vencen su porfía, y sin recelo
allí se pierde, y no osa alzar el vuelo,
y su obstinado error al fin desamo.

No por que tema ya peligro alguno;
que no doy más lugar a miedo cierto, 10
ni admito en tanto afán remedio vano;
mas porque es poquedad ser importuno
a un lento pecho, y ser más precio muerto

que esperar la salud de ingrata mano.

- CXXV -

Amor, si el fuego en quien inunda el pecho
que mal puede entibiar la fría nieve,
con tus alas avivas, muerto en breve
será su ardor, y el corazón deshecho.

Procuro, en esta llama satisfecho, 5
que sin cesar en mí su fuerza pruebe,
porque del mal mi alma el premio lleve,
causando el daño luengo algún provecho.

Este suave incendio me sustenta,
y consagra en honor de mi Luz pura 10
mis entrañas, que crecen apuradas.

Dichoso el corazón a quien alienta

tal virtud, que engrandece con ventura

la gloria de mis penas renovadas.

- CXXVI -

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente
tocar mi pecho, y nunca ser vencido
de oro podrá, en madejas esparcido,
con gloria de otra ilustre y bella frente;

5

que vuestra luz, do yace Amor presente,
tiene, y el rico cerco recogido,
mi cuello y pecho preso y mal herido,
y dulcemente el yugo y fuego siente.

Nací yo destinado a vuestra llama,
amor me dio valor para mi muerte, 10
y pago, amando a vos, la deuda nuestra.

Volando voy do el ciego ardor me inflama,
cual va a su fuerza el cielo, y es mi suerte

en vuestro fuego arder, y helaros vuestra.

- CXXVII -

La llama crece y arde, y crece luego
el dolor que mi gloria y bien deshace;
el pecho exhala todo, y se rehace,
cual Ticio, sin hallar algún sosiego.

No sé do alienta Amor, do esfuerza el fuego,
5
ni de qué pena ya me satisface;
mal me quejo del daño que me hace,
si es cruel, voluntario, ingrato y ciego.

Felice Meleagro, cuya muerte
gastó su ardiente hado; mas ya veo 10
que renace mi vida en el tormento.

No huyo la aspereza de mi suerte,
aunque sí por la causa la deseo,
la temo por el fiero mal que siento.

- CXXVIII -

Regando enciendo todo, ardiendo baño
con triste humor, prolijo, el campo abierto,
y mi afán canso, y lloro sin concierto,
y el llanto con suspiros acompaño.

Esperanza y razón mi injusto daño 5
causa; esta y aquella al fin desierto
me tiene de salud, y tan incierto,
que con el bien y con el mal me engaño.

Voy como sombra pálida, y cuitoso
doy gemidos, y asombro el bosque oscuro,
10
que tarde en lasa y honda voz responde.

En tanta confusión, do estoy medroso,

una luz se me ofrece y ardor puro

distante, pero cerca se me esconde.

- CXXIX -

Yerto y doblado monte, y tú, luciente

río, de mi zampoña conocido,
cuando de los pastores el gemido

canté y mi mal con cítara doliente;

si nunca en vuestra cima y pura fuente 5

de oír se deja mi dolor crecido,
y si por el camino que han seguido

otros, su afán llorando, voy presente,

dos bellos ojos y un semblante honesto

son causa que cantar bien deseara 10

el principio y los fines de las cosas.

El tiempo a todo pone en ser perfecto;

espero, pues, si me es la edad no avara,

mostrar cuan varias son y cuan hermosas.

- CXXX -

A Martín P. de Arellano

Dura por mí fue al Tajo tu partida,
dejando solo el Betis, Arellano,
y en llanto me obligó y dolor insano
tu ausencia, de mí siempre aborrecida.

Tú sabes que esparció a mi triste vida
afán el cielo y cuita en larga mano,
y en mi mal dulce amigo eras y hermano,
y no hay quien me consuele ya en tu ida.

Hiriome fiera el pecho mi Luz bella,
y se escondió a mi vista, y con ardiente 10
fuego a la alma abrasó, en su mal envuelta;

Y tú, que eras descanso a mi querella,
te vas en tanto, sin dejar presente
una cierta esperanza de tu vuelta.

- CXXXI -

Canso la vida en esperar un día
de fingido placer, huyen los años
y nacen de ellos mil sabrosos daños
que esfuerzan el error de mi porfía.

Los pasos por do voy a mi alegría 5
tan desusados son y tan extraños
que al fin van a acabarse en mis engaños
y de ellos vuelvo a comenzar la vía.

Descubro en el principio otra esperanza
si no mayor, igual a la pasada 10
y en el mismo deseo persevero;
mas luego torno a la común mudanza
de la suerte en mi daño conjurada,
y esperando continuo desespero.

- CXXXII -

Estos ojos, no hartos de su llanto,
que a tan estrecha suerte me han traído,
lloren sin descansar el bien perdido,
si lágrimas prolijas valen tanto;
que cuanto mi dolor subiere cuanto 5
debe al mal y al amor, en lento olvido
sólo, a la ira y al desdén rendido,
cual cisne espiraré en funesto canto.

Y este cielo, enseñado a mi lamento,
podrá llevar por este campo abierto 10
mi voz triste a la causa de mi daño;
porque yo oso esperar que mi tormento,
pues es venganza indigna contra un muerto,

o venza o junto acabe con mi daño.

- CXXXIII -

Si tiene a do reináis, mi pura Estrella,
lugar la fe, en la pena que consiento
mostrad algún pequeño sentimiento,
y el premio vendrá a ser que espero de ella;

pero si vos queréis que pierda en ella 5
este bien, acabad con mi tormento;
que a quien daña el valor del pensamiento
no es justo permitáis vivir con ella.

Y si estas obras, de afición ausente,
en vuestra voluntad tal vez la gloria 10
gozan que se concede al venturoso,
aquí do estoy diré que estoy presente,

y que más vale el mal de mi memoria

que el bien que causa ajeno amor dichoso.

- CXXXIV -

Dulces contentos míos ya pasados,
que sostuve en error de mi esperanza,
lo que vuestro recuerdo más alcanza
es dolor de mis días mal gastados;

porque, envuelto en deseos y cuidados, 5
me consumo llorando la mudanza,
y Amor, que reconoce su venganza,
mis daños me descubre renovados.

¿Qué puedo yo si ausente me condeno,
sino sólo al olvido y niebla fría 10
esta memoria ingrata rendir muerta?

Mas. ¡ay! que tiene el corazón, ajeno

de bien, presente siempre la Luz mía,
y ofrece en cierto mal su gloria incierta.

- CXXXV -

Alzo ligeras alas al deseo,
sigo el bello esplendor de mi alegría,

hállolo reluciente en la osa fría,
y desespero el bien que más deseo.

Suspenso en un incierto devaneo, 5
que mi esperanza cansa y mi porfía,
digo: «¿Por qué, serena Lumbre mía,
leda en estéril parte arder vos veo?

Llevar debía el céfiro victoria.
Siempre de vuestra llama esclarecido, 10
al euro ufano, que con él contiene:

mas ¡oh! que el cielo causa mi gemido
por honrar gente indigna de memoria.
Que el sol con tibio rayo apenas enciende».

- CXXXVI -

Amor con todo el fuego que el humoso
Etna espira y las islas de Vulcano
me abrasa el pecho, que asegura en vano
a su mortal ardor algún reposo.

Con la nieve que el Caúcaso nevoso 5

y el desnudo Rífeo hace cano,
mi alma enfría, y rompe el inhumano
a la esperanza el paso temeroso;

que en los ojos do siempre el hielo y llama

suya en mi muerte acuerdan, fijo tiene 10

el ímpetu y furor de su braveza;

y por vengarse más, la seca rama

do estoy asido sin quebrar sostiene,

probando en nuevas penas mi flaqueza.

- CXXXVII -

Un tiempo ave caristra viví en fuego,
pero ya blanco cisne en ondas vivo;
que sólo de mi mal cuitoso escribo
cuanto escribí de bien en mi sosiego.

Pensé, trocando grado, trocar luego
5
suerte, y fue vano error; que Amor esquivo
en uno y otro estado al fin cautivo
me oprime y en igual desasosiego.

De mi pecho exhaló un Vesubio ardiente,
ahora de mis ojos despedido 10
corre un Istro nevoso desatado,
no esfuerza con la nieve la creciente,
antes con el ardor más encendido
va en abundoso curso dilatado.

- CXXXVIII -

Ningún remedio espero en mi tormento,
y de mejor fortuna desespero;
muriendo vivo, aunque viviendo muero,
ajeno y ocupado en pensamiento.

Temo el fiero dolor, y si contento 5
alguno tengo, temo el dolor fiero:
cansado, mi pasión abrazo y quiero,
y el mal que más rehuyo más consiento.

Tan ufano estoy siempre en la tristeza,
que nunca ceso de alabar el día 10
que fue ocasión de merecer mi daño.

No doy lugar al bien, y en mi estrechez,
perdiendo vanamente la edad mía,

no sé hallarme libre de mi engaño.

- CXXXIX -

Venció mi duro pecho Amor tirano,
y los nervios cortó su dura espada
de aquella ajena libertad amada
que mísero suspiro y lloro en vano.

El me vuelve y me trae por la mano 5
a do mi afrenta y perdición le agrada;
mas de su afán la vida ya cansada,
tornar procura al curso usado y llano;

10 Pero es flaca osadía, y con la muerte
luchando, abrazo alegre el dulce engaño,
y me aventuro en el deseo y pierdo;

que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
que contraste gran tiempo a tanto daño,

ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

- CXL -

«¿Do vas, do vas cruel, do vas? Refrena,
refrena el presuroso paso en tanto
que de mi dolor grave el largo llanto
a abrir comienza esta honda vena.

»Oye la voz de mil suspiros llena 5
y de mi mal sufrido el triste canto,
que no podrás ser fiera y dura tanto
que no te mueva esta mi acerba pena.

»Vuelve tu luz a mí, vuelve tus ojos
antes que quede oscuro en ciega niebla».

10

Decía en sueño o en ilusión perdido.

Volví, halleme solo y entre abrojos,

y en vez de luz, cercado de tiniebla

y en lágrimas ardientes convertido.

- CXL -

Cuando pienso, cansado del tormento,
que con mi afrenta Amor herirme pudo
de una serena luz con rayo agudo,
y que rendí el valor y entendimiento,

vuelvo triste a mirar mi perdimiento; 5

mas tan solo me hallo y tan desnudo
de fuerza, que romper el débil nudo
que me enlazó el deseo nunca intento.

Seguir el mismo curso en el cerrado	
laberinto, y sufrir ya más denuesto	10

no debo si en mí queda algún sentido.

Acabe el vano error de mi cuidado;

pero ¿qué digo, simple? Yo protesto

que hablo enajenado y ofendido.

- CXLII -

Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?

Mi alma de lamento se mantiene;

con él crece el ardor y se sostiene,

y la lluvia se alienta en sus despojos.

Un tiempo esperé premio a mis enojos, 5

mas tarde es ya que mi pasión previene;

pero acabar en lágrimas conviene

a quien de flores nacen los abrojos.

En llanto me consumo, y cuando espero,

grande y nuevo milagro, dar memoria, 10

a mi nombre disuelto en triste río,

ocurre el fuego, en él me abraso y muero,

desvaneciendo en llama con más gloria

justo aunque grave bien al dolor mío.

- CXLIII -

Al sereno esplendor de luz ardiente,
de celestial zafiro a la belleza
la alma, volando en torno con presteza,
las alas rojas mueve dulcemente.

Amor, que de este cielo nunca ausente 5
respira, le descubre su grandeza,
y de gloria mil bienes y riqueza,
que sola ella los conoce y siente.

En este engaño siempre va, y se olvida
de quien, cuidadoso de su afán, la llama, 10
y en conocido error cansa y porfía;
porque espera tal vez allí, encendida
do aquellas puras luces en la llama
hallar sepulcro igual a su osadía.

- CXLIV -

Al Betis

Corre soberbio al mar del llanto mío,

Betis claro, sagrado honor de ríos,

y no acaben mis grandes desvaríos

donde se acaba en él tu grande río;

antes oigan mi afán y desvarío 5

entre el fuego y rigor de hielos fríos,

y se conduelen de los males míos

Libia ardiente y desnudo Islando frío;

y el Indo, que primero ve la aurora,

y el otro que más tarde alumbra Apolo, 10

hagan memoria eterna de mis daños;

y tú lamenta esta postrera hora
en que muero, de bien ausente y solo,
rico de pensamientos, pobre de años.

- CXLV -

No espero en mi dolor lo que deseo,
que tanto bien no cabe en mi mal fiero,
mas deseo ya sólo lo que espero,
que es acabar en este devaneo.

Tan cansado me tiene este deseo 5
que del mísero efecto desespero
y, engañado, en mi intento persevero
y al cabo el vano error, que sigo, veo.

¿Pero qué vale ver el mal presente
si porfío y contraste, no espantado, 10
a los bravos asaltos de amor crudo?

No temo y oso todo libremente
porque es al corazón desesperado
la obstinación impenetrable escudo.

- CXLVI -

Al doctor Martín Martínez

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,
y del Betis ondoso el curso ufano
dejas, y el precio antiguo italiano
miras en el sepulcro del olvido,

¿Por ventura, del yugo sacudido, 5

la cerviz alzas libre, y del tirano
amor en ti desmaya el furor vano,

o en fiero ardor espiras encendido?

Que yo en la patria sin mi Luz me veo

triste, preso, herido, solo, ausente, 10

y perseguido siempre de un cuidado.

Sin esperanza aviva mi deseo,

y apena de este río a la corriente
descubro el mal que sufro no cansado.

- CLXVII -

Mi Luz, así en la vuestra bella frente

nunca ofenda las rosas hielo frío,

y así blando al ingrato señor mío

vea en esas estrellas yo presente,

que me digáis, humilde amante ausente, 5

si en vuestro corazón hallo desvío,

si vuestro pecho tierno el desvarío

dulce, como en mi tiempo alegre siente.

Porque, por esa púrpura templada

en blanca y pura nieve, y por los ojos 10

suaves, do respira mi esperanza,

que en la más luenga ausencia y apartada

no vos negó mi alma los despojos

ni en mí temió el Amor jamás mudanza.

- CXLVIII -

Cuando cantar deseo la belleza
vuestra y serena luz, que humilde honro,
el esplendor y puros rayos de oro,
do afinan los de Febo su riqueza,

reconozco el valor y la grandeza 5
en quien el eterno ardor celeste coro
ensalzó de sus bienes el tesoro,
y desigual me inclino a tanta alteza.

Dadme favor alguno en vuestra gloria,
de honesto amor oh llama generosa, 10
y de nuestra edad oh raro ejemplo,

porque a la eternidad de la memoria
por precio de beldad maravillosa

consagre vuestro nombre yo en su templo.

- CXLIX -

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,
a desatar esta secreta llaga
que no me deja reposar, y haga
ante quien temo el justo oficio el llanto;

que cuando descubriere de ello cuanto
mostrar se debe a quien tan mal se paga
de mi mal, podrá ser que se deshaga
la sombra del peligro y de mi espanto.

Si no, escondido en esta oscura niebla
acabe a gusto ajeno, mas de suerte 10
que falte del remedio la esperanza;
porque quien siempre yace en la tiniebla
no espere ver la luz sino en la muerte;

que la gloria de amor tarde se alcanza.

- CL -

Al conde de Gelves

Señor, si este dolor del mal que siento

veo desvanecer en mi memoria
y en olvido yacer la triste historia

que fue dura ocasión a mi tormento,

de España en voz alta y noble aliento 5

cantaré los triunfos y victoria
y daré en su valor y eterna gloria

el valor vuestro insigne igual asiento.

Mas un dulce esplendor, un cerco y oro

que en crespas hebras arde, una armonía

y gracia que florece y orna el suelo,

una belleza a quien suspenso adoro

impiden esta altiva empresa mía
y en su furor me llevan hasta el cielo.

- CLI -

Profundo y luengo, eterno y sacro río,
que en el ancho curso tuyo y grande frente
mezclas en el mar hondo de Occidente,
y en él junto el amargo llanto mío;

de mi deseo vano, en quien porfío, 5
de esperanza y remedio siempre ausente,
en esta soledad por tu corriente
hago ocasión a nuevo desvarío.

Tú si del canto mío un tiempo oíste
el tierno son, aunque mayor que el Ebro,
10 y yo ¡cuánto menor que el claro Orfeo!

Admite en estas ondas mi amor triste;
que será en los males que celebro

sólo mi Pimpla y mi Castalio Olmeo.

- CLII -

No puedo sufrir más el dolor fiero

ni ya tolerar más el duro asalto
de vuestras bellas luces, antes falto

de paciencia y valor, en el postrero

trance, arrojando el yugo, desespero, 5

y por do voy huyendo el suelo esmalto

de lazos rotos, y levanto en alto
el cuello osado y libertad espero.

Mas ¿qué vale mostrar estos despojos

y la ufanía de alcanzar la palma 10

de un vano atrevimiento sin provecho?

El rayo, que salió de vuestros ojos,

puso su fuerza en abrasar mi alma

dejando casi sin tocar el pecho.

- CLIII -

Cubre en oscuro cerco y sombra fría
del cielo puro el resplandor sereno
la húmeda noche, y yo, de dolor lleno,
lloro mi bien perdido y mi alegría.

Ningún alivio en la miseria mía 5
hallo, de ningún mal estoy ajeno;
cuanto en la confusión nublosa peno
padezco en la rosada luz del día.

En otro nuevo Caúcaso enclavado,
mi cuidado mortal y mi deseo 10
el corazón me comen renovado,
do no pudiera el sucesor de Alceo
librarme del tormento, no cansado,

que excede al del antiguo Prometeo.

- CLIV -

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado
ufano y sin temor, mas mi destino
no sufrió que este bien fuese contino,
que no dura en amor un dulce estado.

Desierto de remedio y engañado, 5
cual mísero y errante peregrino,
por los montes voy solo, sin camino,
de mí mismo y de Amor desamparado.

En medio del dolor, en la memoria,
tal vez consiento sombras de alegría, 10
que engañan dulcemente la esperanza.

Mas esto es la segur, que de mi gloria
corta lo extremo, que en la suerte mía

del bien nace en mis daños la venganza.

- CLV -

Cuando miro el fino oro al manso viento

en lucientes rieles esparcido,
o en hermosas lazadas recogido,
mil causas justas hallo a mi tormento.

Cuando la llama y luz de puro aliento 5

rutilar veo en torno, y que el vencido
pecho tiene en su fuego convertido,
mil causas justas hallo al mal que siento.

Cuando escucho la angélica armonía

y admiro el valor vuestro y gentileza, 10

mil causas hallo justas a serviros.

Mas cuando en la humildad contemplo mía

y en vuestro dulce afecto y su nobleza,

no hallo causa justa a más suspiros.

- CLVI -

¿Qué espíritu encendido Amor envía
en este frío corazón esquivo,
que con la alba en calor el pecho avivo
y ardo al aparecer del nuevo día?

Yo me inflamo si a Febo se desvía 5
la sombra, y cuando de aquel puesto altivo
declina el sol, me quemo en fuego vivo
y abraso, cuando el mar tuerce la vía.

Centella soy, si el lubricán parece;
llama, cuando se ven las luces bellas 10
y el blanco rostro a Delia se colora;
fuego soy cuando el orbe se adormece;
incendio, al esconder de las estrellas;

y ceniza al volver de nuevo aurora.

- CLVII -

Clara, suave luz, alegre y bella,
que los zafiros y color del cielo
teñís de la esmeralda con el velo,

que resplandece en una y otra estrella;

divino resplandor pura centella 5

por quien libre mi alma, en alto vuelo
las alas rojas bate y huye el suelo,

ardiendo vuestro dulce fuego en ella;

si yo no sólo abraso el pecho mío

mas la tierra y el cielo y en mi llama 10

doy principio inmortal de fuego eterno,

¿por qué el rigor de vuestro antiguo frío

no podré ya encender? ¿Por qué no inflama

mi estío ardiente a vuestro helado invierno?

- CLVIII -

Cuando de mi Luz bella el desdén siento
y fenecer mi gloria en tibio olvido,
huyo señero y triste, aborrecido,
el áspero dolor de mi tormento.

Mis vanas esperanzas represento, 5
el poco bien, el mucho mal sufrido,
y ausente, despagado y ofendido,
mi libertad dorada osado intento.

Pero si vos después rendido el cuello
y viéredes colgados mis despojos, 10
dudad las duras armas de amor ciego;
que en las lucientes hebras del cabello
y alegre fucilar de alegres ojos
preso me pierdo todo, y ardo en fuego.

- CLIX -

Vuelvo al ufano corazón el día
en que mi Luz mostró su luz hermosa

y relució suave y amorosa,
bella en mis ojos igualmente y pía;

y acuérdome que el sol que descendía 5

paró al ardiente Flegon la espumosa

rienda, y con su tardanza espaciosa

sintió el íntimo polo ausencia fría.

Entonces, inflamado en dulce fuego,

mi gloria alabo y bien, y alegre digo: 10

¿cuál buena suerte alcanza mi ventura?

No el cetro del romano envidia y griego,

porque imperio mayor tiene consigo

quien ama soberana hermosura.

- CLX -

El color bello en el humor de Tiro
ardió y la nieve vuestra en llama pura
cuando, estrella, volviste con dulzura
los ojos, por quien mísero suspiro.

Vivo color de lúcido zafiro, 5
dorado cielo, eterna hermosura,
pues merecí alcanzar esta ventura
acoged blandamente mi suspiro.

Con él mi alma, en el celeste fuego
vuestro abrasada, viene y se trasforma 10
en la belleza vuestra soberana,
y en tanto gozo, en su mayor sosiego,
su bien en cuantas almas halla informa,
que en el comunicar más gloria gana.

- CLXI -

Hórrido invierno, que la luz serena
y agradable color del puro cielo
cubres de oscura sombra y turbio velo
con la mojada faz de nieblas llena,

vuelve a la fría gruta y la cadena 5
del nevoso Aquilón, y en aquel hielo,
que prime con rigor el duro suelo,
las furias de tu ímpetu refrena;

que en tanto que en tu ira embravecido
asaltas el divino Hesperio río, 10
que corre al sacro seno de Occidente,

yo triste, en nube eterna del olvido,
culpa tuya, apartado del sol mío,

no me enciendo en los rayos de su frente.

- CLXII -

Cual dejando el olimpo soberano,
por la columna ebúrnea y roja frente
las ondas y sortijas de luciente
oro mi luz movió en semblante humano.

En ellas centellando Amor tirano, 5
me anudó el corazón con red ardiente,
y blando puso el yugo a mi doliente
cuello entonces la tierna y blanca mano.

Promesa fue este dulce acogimiento
para el bien de esperanza glorioso 10
y fin del peso que sufrí cansado.

¿Qué no podré esperar de mi tormento,
si en hebras que el sol mira envidioso

me hallo estrechamente relazado?

- CLXIII -

Oye tú solo, eterno y sacro río,
el grave y mustio son de mi lamento,
y mezclado en tu grande crecimiento
lleva al padre Nereo el llanto mío.

Los suspiros ardientes, que a ti envío, 5
antes que los derrame leve viento,
acoge en tu sonante movimiento
porque se esconda en ti mi desvarío.

No sean más testigos de mi pena
los árboles, las peñas, que solían 10
responder y quejarse a mi gemido,
y en estas hondas y corriente llena,
a quien vencen mis lágrimas porfían,

viva siempre mi mal y amor crecido.

- CLXIV -

Del fresco seno ya la blanca Aurora

perlas de hielo puras esparcía,
y con serena frente alegre abría
el resplandor suave que atesora.

El lúcido confín de Euro y de Flora 5

con la rosada llama, que encendía

Delio aun no rojo, al tierno y nuevo día
esclarece y esmalta, orla y colora.

Cuando sale mi Luz, y en Oriente

desmaya el vivo ilustre. Oh vos del cielo
10

vagas lumbres, si tanto se consienten,

digo con vuestra paz que en mortal velo

pareció más que vos bella y fulgente

mi Luz, que honora el rico Hesperio suelo.

- CLXV -

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,
que desdeñó el valor nunca vencido
de su inmortal espíritu encendido,
quedar mortal, sujeto al común fuero;

tal yo, que en la serena lumbre muero 5
de mi Estrella inflamado, aunque el perdido
dolor me trae mísero, rendido,
eterno en su rigor vivir espero;

mas ¡cuánto desigual es nuestra suerte!

que el veneno acabó su fuerte pecho, 10
y del error nació su grande gloria;

pero mi luz no se preció en mi muerte,
y yo en sus rayos vivo, incendio hecho;

perpetua ofrezco al tiempo esta memoria.

- CLXVI -

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo
con que, desamparado de la vida,
dio Ícaro en su gloria esclarecida
nombre insigne al salado y hondo suelo.

Y quien despeñó el rayo desde el cielo 5
en la onda del Eridano encendida,
que llorosa lamenta y afligida
Lampecie, en el hojoso y duro velo.

Pues de uno y otro eterna es la osadía
y el generoso intento, que a la muerte 10
negaron el valor de sus despojos,

yo, más dichoso en la alta empresa mía,
que hasta el Olimpo me encumbró mi suerte

y ardí vivo en la luz de vuestros ojos.

- CLXVII -

Ya pues que no resiste mi esperanza
de esta ausencia mortal el golpe fiero,
y cuido que será dolor postrero
este que renació en vuestra mudanza,
acabad con mis ansias la venganza; 5

que si de esta ocasión injusta muero,
libre, que en vida triste nunca espero,
sentiré en tanto afán tal vez bonanza.

Y si vos no sufrís que mi tormento
ponga término al daño con la muerte, 10
porque jamás descansa de mi pena,

diré contra mi mal que más contento
estoy con la dureza de mi suerte,

pues esto quiere en mí quien me condena.

- CLXVIII -

Voy siguiendo la fuerza de mi hado

por este campo estéril y escondido;

todo calla y no cesa mi gemido
y lloro la desdicha de mi estado.

Crece el camino y crece mi cuidado, 5

que nunca mi dolor pone en olvido;

el curso al fin acaba, aunque extendido,

pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué vale contra un mal siempre presente

apartarse y huir, si en la memoria 10

se estampa y muestra frescas las señales?

Vuela Amor en mi alcance y no consiente,

en mi afrenta, que olvide aquella historia

que descubrió la senda de mis males.

- CLXIX -

A do inclino los ojos, allí veo
de mi ingrata enemiga la belleza,
y en dulce sentimiento de ternura
cuitoso con mi pena devaneo.

Cuánto debo en mi mal a mi deseo, 5
que entibia mi dolor con tal destreza;
que cuando más envuelto en mi tristeza,
descubro lo que busco y más deseo.

Si este engañoso velo de mi daño
no sustentara el pecho, acostumbrado 10
al perpetuo furor de mi tormento,
ya fuera muerto, más dañoso engaño,
que me enlazas de nuevo en mi cuidado,

¿por qué me huyes más veloz que el viento?

- CLXX -

¿Nací yo por ventura destinado
al amoroso engaño, y ofrecido
en mi ofensa a desdén, a ingrato olvido,

sujeto siempre a miserable estado?

Rompa la aguda espada el implicado 5

nudo, pues de mi industria nunca ha sido
suelto por mi dolor, que en mal perdido

el más cruel dolor es acertado.

Cuelguen de este alto roble los despojos

de mi penoso error, y la que incierto 10

me sostuvo esperanza a un tiempo, muera;

que ya no doy lugar a bellos ojos

ni a dulce risa y habla lisonjera;
y en él se escriba: «Amor quedó aquí muerto».

- CLXXI -

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo
pasó, cual rota niebla por el viento,
y creció siempre horrible mi tormento
después que me cercó el temor y el hielo.

Alzaba mi esperanza al alto cielo; 5

pero en el comenzado movimiento
cayó muerta, y llorando sin aliento,
me lastimo, desierto en este suelo,

donde, pagado sólo de mi llanto,

huyo aun livianas muestras de alegría, 10

ausente, aborrecido y olvidado.

Triste memoria indina esfuerza el canto,

y quejoso en la instante pena mía

descanso cuando gimo más cuidado.

- CLXXII -

No espero más de Faetón luciente

ni de la blanca Cintia noche o día;

discurra Iperión por otra vía,
y Properina ocupe el Oriente;

porque los dulces rayos de la frente 5

que el cielo de la Estrella ilustran mía,

son mi Apolo y mi Delia, cierta guía

en la oscura tiniebla y luz presente.

En tanta gloria ofende mi flaqueza;

que tolerar no puedo en ella atento, 10

cual águila, el ardor de su belleza.

Dichoso yo sí, como el gran deseo

de cegar en la causa del tormento,

Argos fuera tal vez, después Fineo.

Libro segundo

- I -

De la luz en que espira amor herido

al corazón altivo y desdeñoso
paso, rompiendo el rayo glorioso

la sombra, en que dormía, del olvido.

5

Doliome entonces mucho haber perdido

un punto y vi, en mi mal dolor dudoso,

gloria cierta, afán breve, bien dichoso,

y el deseo en sus votos ya vencido.

De hoy más amo y adoro cuantos daños,

celoso de mi suerte, Amor procura, 10

bienes viendo exhalar sus ojos bellos.

Eternos corran mis felices años,

y a mi alma abrasada en llama pura

siempre enlace la red de sus cabellos.



Si fuera esta la misma de belleza
luz que mi dulce rey pintó serena,
juzgando lo que siento de mi pena,
pensara en ella ver vuestra grandeza;

mas tanta gloria y bien mortal flaqueza 5
no admite, y del deseo me condena,
que Amor no sufre, oh celestial sirena,
ni sufre veros cerca vuestra alteza.

Y es justo; que si viera de otra suerte,
creciera con tal ímpetu mi llama, 10
que mis cenizas fueran los despojos.

Mas, oh dichoso yo si de tal muerte

acabara; que el fuego que me inflama,
cual fénix me avivara en vuestros ojos.

- III -

Tú gozas la luz bella en claro día,
dichoso Endimión, de tu Diana;
mi Luz yo veo con la luz temprana,
y deseando pierdo mi alegría.

5

Tú duermes blando sueño en noche fría,
hasta que sale la alba roja y cana;
yo velo con herida nunca sana
la sombra siempre y luz sin la Luz mía.

En tu rosada frente y dulces ojos

Delia suspira, y tu robado aliento 10

de su pasado afán le aquesta gloria;

yo mi Luz sin dolor de mis enojos

veo con rayos de oro en alto asiento,

ingrata al que padece en su memoria.

- IV -

El suave esplendor de la belleza,
que alegre en vos espira dulcemente,
y la serena luz do Amor presente
templa los puros rayos de terneza,

en el más claro asiento de la alteza 5

vos hacen entre tantas diferente,
que por vos glorioso el Occidente
su nombre sólo ensalza con grandeza.

Mas el valor, el noble entendimiento,
el espíritu, el intento generoso, 10
asciende a la región de luz serena;

y fuera del humano sentimiento
de envidia, sin temor llamaros oso

¡oh sola en nuestra edad, bella sirena!

- V -

Cuán bien, oscura noche, al dolor mío
conformas, y resuenas a mi llanto,
murmurando con sordo y triste canto
entre estas duras peñas, alto río.

Óigame este desnudo cielo frío 5
si tanto con mis quejas me levanto;
mas, pues no espero bien en daño tanto,
vana es la queja y mal en que porfío.

Rompa del corazón más tierna parte
mi gran pesar, acábese encubierto, 10
y a tal agravio falte la memoria;
que no es justo que en esta u otra parte
se diga que perdí, sin culpa muerto,

las debidas promesas de mi gloria.

- VI -

Serena Luz, presente, en quien espira
divino amor, que enciende y junto enfrena
pecho gentil, que en la mortal cadena
al alto olimpo glorioso aspira;

ricos cercos y oro, do se mira 5
tesoro celestial de eterna vena;
armonía de angélica sirena,
que entre las perlas y el coral respira.

¿Cuál nueva maravilla, cuál ejemplo
de la inmortal grandeza nos descubre
la sombra del hermoso y puro velo?

Que yo en esa belleza que contemplo,
aunque a mi flaca vista ofende y cubre,
la inmensa busco y voy siguiendo al cielo.

- VII -

En sortijas y flores de oro ardiente,

de perlas y rubíes coronada,
con hermosas figuras enlazada,
cercó mi Luz la bella blanca frente.

Los olores que siembran en oriente, 5

y la ámbar que en sus hebras fue sagrada,
se movieron con la aura sosegada,
cual en el manso mar el sol luciente.

Espíritus de amor en aquel fuego

armaron las saetas y cadena 10
y ardió el cruel, herido preso cuello.

Yo, traspasado el pecho quedé ciego;
mas fue mucho mayor mi acerba pena
que en llama eterna me enredó el cabello.

- VIII -

Si intentas imitar mi luz hermosa,
templar, oh grande artífice, procura
en el candor de nieve llama pura
y confundir los lirios con las rosas;

y seré el color de ellos la amorosa 5

terneza que florece con dulzura
suavemente en su gentil figura,
si la arte es para tanto poderosa.

Mezcla cinamo negro y sirio nardo,
casia, incienso, en que cubre el rico nido
10 vivo el arabio fénix en su muerte;

que si no te atraviesa el duro dardo
de su vista, dichoso y atrevido,
dar podrás muestra alguna de esta suerte.

- IX -

Cual de oro el cabello ensortijado

y en mil varias lazadas dividido,
y cuanto en más figuras esparcido

tanto de más centellas ilustrado.

Tal de lucientes hebras coronado, 5

Febo aparece en llamas encendido,

tal discurre en el cielo esclarecido

un ardiente cometa arrebatado.

Debajo el puro, propio y sutil velo,

amor, gracia y valor y la belleza 10

templada en nieve y púrpura se vía.

Pensaba que se abrió esta vez el cielo

y mostró su poder y su riqueza,
si no fuera la Luz del alma mía.

- X -

En esta helada parte, do no envía
su agudo rayo el sol a intensa nieve,
quiere Amor que en ausencia el dolor lleve,
siempre en sombra y horror y en luz del día.

De estos ojos el llanto se desvía 5
jamás, y si descanso un tiempo breve,
con soledad llorosa pluvia llueve
de ellos contino a la alma triste mía.

No me rinde mi mal, que en él ya hecho
estoy a padecer; mas verme ausente 10
y en una vida muerta condenado,
de el fuego me atormenta en vano el pecho,

do veo sin remedio el bien presente

para más confusión de mi cuidado.

- XI -

En vano error de dulce engaño espero,
y en la esperanza de mi bien porfío,
y aunque veo perderme, el desvarío
me lleva del Amor a donde muero.

Ojos de mi deseo, fin postrero, 5
sola ocasión del alto furor mío,
tended la luz, romped aqueste frío
temor, que me derriba en dolor fiero;

porque mi pena es tal que tanta gloria
en mí no cabe, y desespero cuando 10
veo que el mal no debo merecello,

pues venzo mi pasión con la memoria
y con la honra de saber penando,

que nunca a Troya ardió fuego tan bello.

- XII -

A Fernando Meléndez de Cangas

Ya que nublosa sombra cubre, y frío,
la blanca frente de este monte alzado,
y del grave Aquilón aliento helado
retarda el lento curso al hondo río,

siento de ingrata mano al pecho mío

5

nieve arrojada, y siento desmayado

mi fuego, y culpo mi deseo osado

y de Amor el tirano señorío;

que por un vano bien, que huye luego
y me deja dolor eterno, pierdo 10
de libertad amada la nobleza.

Mas ¡oh que acierta mal quien nada ciego!

y el que cuida, Fernando, ser más cuerdo,

descubre en tal hazaña más flaqueza.

- XIII -

Cante quejas y afán de justa pena

que padecí cuitoso y ofendido,
a todas las desdichas ofrecido
en que el Amor a un mísero condena.

Fue el premio en tibia voluntad ajena 5

dolor con esperanza, a do perdido
deseo me inclinó, y al fin vencido
trajo a fuerza arrastrando la cadena.

Tú, a quien rinden sus glorias insignes ríos,

favorece, Tarteso padre, el canto 10

que tierno y simple en honra tuya espira;

que si me dan lugar los males míos,
no sólo oirás de amor gemido y llanto,

más hazañas que Marte airado inspira.

- XIV -

La hidra de amoroso pensamiento,
que rota del acero siempre crece,
contienda áspera a la alma triste ofrece,
rendida a la impía fuerza del tormento.

Si del olvido justo y sentimiento 5

la aguda espada en ella se entorpece,
y con su daño fértil reverdece,
por un cuidado muerto alzando ciento,

forzoso es el socorro al ya cansado

Alcides del trabajo, porque en fuego 10

con el desdén la acabe el duro hierro;

mas recelo que en Juno Amor trocado,

la suba al cielo, y crezca en vano luego

con nueva confusión más grande el hierro.

- XV -

Pienso en mi pena atento y mal presente,
y procuro algún medio al daño instante;
pero soy en mi bien tan inconstante,
que vuelvo a la ocasión la incierta frente.

5

Cuando me aparto y cuido estar ausente,
menos de mi peligro estoy distante;
voy siempre con mis culpas adelante,
sin que de tantos yerros escarmiente.

10

Noble vergüenza mía, que el perdido
valor sientes, ¿por qué no abrasa el pecho
y vence tu virtud mi desvarío?

Si del error y sombra del olvido
me sacas, diré, en honra de este hecho,

que sólo debo a ti poder ser mío.

- XVI -

De mi blanca sirena la luz pura
de tierna y bella nieve se vestía,
y entre aquel frío dulce Amor traía

llamas en que mi alma ardiendo apura:

Al son suave, lleno de dulzura, 5

mi preso corazón con gloria mía
deja el cuerpo, y las alas, de alegría,

a perderse en sus ojos se apresura,

cuando el hielo se rompe y encendido

reluce, y el color de ardiente rosa 10

y el precio afina en su beldad serena;

y yo, con tanto bien enriquecido,

me renuevo con vida gloriosa
en la inmensa virtud de mi sirena.

- XVII -

Voy por esta desierta, estéril tierra,
de antiguos pensamientos molestando,
huyendo el resplandor del sol dorado,
que de sus puros rayos me destierra.

El paso a la esperanza se me cierra, 5
de una ardua cumbre a un cerro do enriscado,
con los ojos volviendo al apartado
lugar, sólo principio de mi guerra.

Tanto bien representa la memoria
y tanto mal encuentra la presencia,
que me desmaya el corazón vencido.

10

¡Oh crueles despojos de mi gloria!

desconfianza, olvido, celo, ausencia,

¿por qué cansáis a un mísero rendido?

- XVIII -

Pura, bella, suave Estrella mía,
que sin temor de oscuridad profana,

vestís de luz serena la mañana,
y la tierra encendéis desnuda y fría;

pues vos, a quien mi alma triste envía 5

mil suspiros, movéis la soberana

vuestra empresa, cual ínclita Diana,

contra Venus y Amor con osadía,

yo seré como aquel que su belleza

con hierro amancilló, y el casto hecho 10

lo mostró con más gloria y hermosura;

pero, si luna sois, tendré en la alteza

latmía del cazador el triste pecho,

y no del que honró Arcadia la figura.

- XIX -

A vuestro grave y muerto hielo frío,
temiendo el niño ciego su aspereza,
opuso con inútil rustiqueza
el leve y vivo ardiente fuego mío.

5

Su nieve muestra y llama el fuego y frío,
y reluchando esfuerza su grandeza;
el fuego al frío ablanda su dureza
y dispone veloz cual suelto río.

Quedó Amor del asalto glorioso,
y vos y yo contentos nos hallamos,
pero todo mi bien turbose luego;

10

que por un triste caso y lastimoso
con mi afrenta y dolor ambos quedamos,

con mayor frío vos, yo con más fuego.

- XX -

(Por la condesa de Gelves)

¿Quién osa desnudar la bella frente
del puro resplandor y luz del cielo?
¿Quién niega el ornamento y gloria al suelo
de las crespas lazadas de oro ardiente?

El impío Febo este dolor consiente 5
con sacrílega envidia y mortal celo,
después que ve cubrir de oscuro velo
las llamas de sus hebras reluciente.

Con dura mano lleva los despojos
y quiere mejorar cuanto perdía, 10
y altivo, de sus trenzas se corona,

porque ya vean los mortales ojos
siempre con viva luz un claro día
en sus sagrados cercos y corona.

- XXI -

Un tiempo, aunque fue breve, osé atrevido,
por ventura atendiendo la victoria,
quejarme, y de mi afán mostrar la historia
a quien me trae en ciego error perdido.

Ahora, o con más lástima ofendido, 5
o cierto de la falta de mi gloria,
no hago de mis males más memoria
que si yacieran solos en olvido.

10 Pero el silencio al fin no puede tanto,
que en soledad no rompa, y lo que impide
su vista escribo, del dolor forzado.

Comienza el día, y doy principio al canto
y llanto que en la noche amor despide,

y llanto y canto avivan mi cuidado.

- XXII -

Inmenso ardor de eterna hermosura
en vuestra dulce faz se me aparece,
y en mis entrañas arde y siempre crece
con inmortal incendio virtud pura.

Con alteza y valor vuestra figura 5
sin igual en mi alma resplandece,
y pues ufana sufre, bien merece
algún corto favor de su ventura.

No puede ser mayor vuestra belleza,
y no es ya justo que ceguéis mis ojos, 10
su flaca luz gastando en tanto fuego;

que si al pecho mostráis vuestra grandeza,
muriendo en llama no daré despojos,

los que pudiera dar viviendo ciego.

- XXIII -

Mi pura Luz, si olvida el fértil suelo
que Betis enriquece en Occidente,
y abre las frías nubes con ardiente
rayo, esparciendo en torno el rico velo,

el asiento más digno será el cielo 5
al sacro esplendor suyo reluciente,
y de allí con las llamas de su frente
romperá el rigor duro al torpe hielo;

o ya que aun no se debe a la belleza
sin el riesgo de ausencia, será el grado 10
propio el pecho do yace obedecida;

que a tal valor del mundo la grandeza,

o la alma en sus centellas encendida
es de esta excelsa Luz lugar sagrado.

- XXIV -

Nunca mi mal terrible sentiría,
ni descansar querría de mi pena,
si cuidase tal vez que mi serena
luz alegre y suave me sería;

mas no sufre la indina suerte mía 5

esta gloria, y de sí la aparta ajena,
y a rendir la esperanza me condena,
porque osé y di lugar a esta osadía.

Haga el cielo que pierda en menor daño
la memoria de aquel atrevimiento 10
que tuve en ver mi afán no aborrecido,

cuando agradó a mi bien que en dulce engaño
sufriese ufano y ledó el mal que siento:
mas ¿qué vale a quien muere en tibio olvido?

- XXV -

A Cristóbal Mosquera de Figueroa

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,
osé cantar, Mosquera, el mal que siento,
y diome al tierno canto ufano aliento
el sol en cuyo ardor estuve ciego.

Osé mostrar mi llanto en blando ruego
a quien amor desprecia y su tormento,
y el humilde quejar de mi lamento
me dio osadía y dio esperanza luego.

Ahora, que la luz yo pierdo ausente,
y crece mi dolor con su belleza, 10
notad el grande error de mi porfía.

Lloro el pasado bien y el mal presente,
y puesto en soledad de mi tristeza,
la esperanza me falta y la osadía.

- XXVI -

Por la victoria de Lepanto

Hondo Ponto, que bramas atronado

con tumulto y terror, del turbio seno

saca el rostro de torpe miedo lleno,

mira tu campo arder ensangrentado,

y junto en este cerco y encontrado 5

todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,

y cubierto de humo y fuego y trueno,

huir temblando el impío quebrantado.

Con profundo murmullo la victoria

mayor celebra, que jamás vio el cielo 10

y más dudosa y singular hazaña,

y di que sólo mereció la gloria,
que tanto nombre da a tu sacro suelo,
el joven de Austria y el valor de España.

- XXVII -

Si trasformar pudiese mi figura
como el Ideo Júpiter solía,
en blanco cisne vuelto ya sería,
mirando de mi Leda la luz pura,

y sin algún temor de muerte oscura 5

en honra suya el canto ensalzaría,
su frente y bellos ojos tocaría,
ensandeciendo, ufano, en tal ventura.

Mas en luciente pluvia convertido

perdería el electro la fineza, 10
si el velo esparce, suelto en rayos de oro;

pero siendo en la falda recogido,
y junto al esplendor de la belleza,
tendría el precio del mayor tesoro.

- XXVIII -

Mi bello sol, si voy de vos ausente
a parte extraña, do el dolor me ofende,
y el fuego, que mi alma presa enciende,
en dulce amor contino está presente;

aunque el color purpúreo de Oriente, 5
do el sol menor de vuestra luz descende,
vea cerca, y do el manto oscuro tiende
el apartado extremo de Occidente;

conmigo irá el Amor en igual parte
con la mitad del alma, que me alienta; 10
que el resto vive en vuestra faz, que adora;

y dividido en una y otra parte,
presente con el bien que me sustenta,

siempre veré resplandecer mi Aurora.

- XXIX -

Aquí do me persiguen mis cuidados,
solo, sin mi Luz bella y ofendido,
en noche de dolor siempre escondido,
lamento mis deseos engañados.

Vuelvo a ver mis contentos ya pasados 5
para mayor afán; que el bien perdido
más duele al que se ve en confuso olvido,
y contra sí sus males con jurados.

Cuanto intento alentar mi acerba pena,
y cuanto fundo en esperanza y tengo, 10
todo gasta y destruye mi tormento.

Vos, que rota de amor la impía cadena,
respiráis del trabajo que sostengo,

dadme esfuerzo en tan grave sentimiento.

- XXX -

¡Oh cara perdición! ¡oh dulce engaño!

suave mal, sabroso descontento,
amado error del tierno pensamiento,

luz, que nunca descubre el desengaño,

5

puerta por la cual entra el bien y el daño,

descanso y pena grave del tormento,

vida del mal, alma del sufrimiento,

de confusión revuelta, cerco extraño,

vario mar de tormenta y de bonanza,

segura playa y peligroso puerto, 10

sereno, inestable, oscuro y claro cielo,

¿por qué como me diste confianza

de osar perderme, ya que estoy desierto

de bien, no pones a mi mal consuelo?

- XXXI -

Solo y medroso, del peligro cierto,
que en la guerra de Amor temido había,
con fortuna mejor tarde huía,
en tanta tempestad, seguro al puerto.

Mas en el paso del camino incierto, 5
cuando con más descuido proseguía,
Amor, que en vuestros ojos me atendía,
de un golpe atravesó mi pecho abierto.

Y antes que yo pudiese de mi pena
alabar la ventura, envidioso, 10
huyó con vos y me dejó perdido,

cual huye el parto, do el Eúfrates suena,
y revuelve el caballo presuroso,
dejando al fiero contendor herido.

- XXXII -

En esta soledad, que el sol ardiente
no ofende con sus rayos, estoy puesto,
a todo el mal de ingrato Amor dispuesto,
triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente.

Tal vez me finjo y creo estar presente 5
en el dichoso, alegre y fresco puesto,
y en la gloria me pierdo que el molesto
dolor del alma aparta este accidente.

Nunca silencio y soledad oscura
pueden dar a quien ama tal contento 10
si no se cambiase la alegría.

Pero en memoria el bien de Amor me dura,
que aun en este ocioso apartamiento

no se afirma en segura fantasía.

- XXXIII -

Flaca esperanza en todas mis porfías,
vano deseo en desigual tormento,
y inútil fruto del dolor que siento,
lágrimas sin descanso y ansias mías.

Una hora alegre en tantos tristes días

5

sufrid que tenga un triste descontento,

y que pueda sufrir tal vez contento

la gloria de fingidas alegrías.

No es justo, no, que siempre quebrantando
me oprima el mal y me deshaga el pecho
nueva pena de antiguo desvarío.

Mas, ¡oh! que temo tanto el dulce estado,
que como al bien no esté enseñado y hecho,

abrazo ufano el grave dolor mío.

- XXXIV -

Huyo la blanda voz y el tierno canto,
que celeste armonía espira y suena,
desta, de España luz, gentil sirena;
mas vuelvo al fin sujeto al dulce encanto.

Bien sé que este placer acaba en llanto; 5
que esto es imagen cierta de mi pena,
y amor injusto siempre me condena,
porque sirvo y padezco y sufro tanto.

Ulises, que pudiste venturoso
surcar seguro y sin temor del daño 10
el golfo de la bella Leucosía,
¿Cuánto fueras más grande y valeroso
si tentaras perderte en este engaño

oyendo a la inmortal sirena mía?

- XXXV -

Cual rociada aurora en blanco velo
muestra la nueva luz al claro día,
cual sagrado lucero, del sol guía,
sus rayos abre y tiende al limpio cielo,

cual va Venus a honrar el fértil suelo 5
de Cipro, y va en hermosa compañía,
con ella Amor, las Gracias y Alegría,
que Céfiro las lleva en blando vuelo;

tal, o más pura, esclareciente y bella,
al día y cielo y suelo dando gloria, 10
saliste, aquistando mil despojos.

Tendió a aquel punto Amor su red y en ella
sus alas quemó, preso, y la victoria

entregó de mi alma a vuestros ojos.

- XXXVI -

Sol, que con alas de oro vas luciente,

y al Euro tu primer ardor colora,
mostrando al blanco cerco de la aurora

la fogosa corona y roja frente;

cuando el ondoso claustro de occidente 5

entrares, donde reina alegre Flora,

si la luz que esté ausente amante adora

vieres, lleva esta triste voz doliente:

«Después que vos dejé, mis bellos ojos,

y en puras perlas hebras enlazadas, 10

la noche oscureció al sereno día;

el bien me falta, y sobran los enojos,

y en horas de tristeza mal contadas

ningún lugar me queda de alegría».

- XXXVII -

Tiempo fue de dolor el que yo tuve

sujeto a dura voluntad ajena;

tiempo fue en que perdí mi grande pena;

mas en perder más fiero mal sostuve.

5

Tiempo fue de mi afrenta aquel do estuve

atado y sin valor en la cadena;

tiempo fue en que cerré a la luz serena

los ojos, y en error perdido anduve.

Tiempo es ya que no duerman en su engaño

mis sentidos; ya es tiempo que deshaga

10

la razón mi porfía y devaneo;

que ya no es justo conocer el daño

y abrazar la ocasión aunque en la llaga

siempre abierta respire mi deseo.

- XXXVIII -

Ya que la grande fe del amor mío
y el eterno dolor de mi tormento
no pueden descubrir un sentimiento
liviano en vuestro ingrato pecho frío.

Mostrad con más desdén mayor desvío, 5
porque con el afán que triste siento,
o acabe en triste muerte el descontento,
o huya este confuso desvarío;
antes, pues más no sufre el mal presente,
volved, fiera enemiga de mi gloria; 10
la dulce libertad que yo tenía:

Porque de vos ya pierdo osadamente,
sin esperanza alguna, la memoria;
mas ¡ay cómo me engaña esta osadía!

- XXXIX -

Bien puede el vano error y la porfía

de mi ardiente deseo desfrenado

llevarme en su furor arrebatado,

y oscurecerme el cielo en claro día;

que al fin la luz serena que me guía

5

la vista abre de nuevo a mi cuidado,

y de improviso error todo ocupado,

repugnó a la perdida suerte mía.

Respiro ya del importuno peso;

y aunque no arrojo el yugo sacudido,

10

no me oprime la fuerza del tormento.

Ni libre canto ya, ni lloro preso,

ni sano de mi llaga ni herido;

dudoso esté en confuso sentimiento.

- XL -

Ya comienza a mudar su faz el cielo
sereno de mis días no turbados,
ya tornan a estrecharme mis cuidados,
a amor en fuego vuelve el tibio hielo.

Incauto en tantos daños alzo el vuelo 5
de atrevidos deseos no cansados,
que van en lo que sigue tan cebados,
que pierden al peligro ya el recelo.

Ufano intento, débil esperanza
y pocas fuerzas hacen que fallezca 10
en medio del camino la osadía.

Cuando trocare el caso esta mudanza,
será para que siempre en mal padezca
quien yerra y persevera en su porfía.

- XLI -

En la oscura tiniebla del olvido
y fría sombra, do tu luz no alcanza,

Amor me tiene puesto sin mudanza
este fiero desdén aborrecido,

porque de su crudeza perseguido, 5

hecho mísero ejemplo de venganza,

del todo desampare la esperanza
de volver al favor y al bien perdido.

Tú que sabes mi fe y oyes mi llanto,

rompe las nieblas con tu ardiente fuego 10

y tórneme a la dulce suerte mía.

Mas ¡oh! ¡Si oyese yo tal vez el canto

de mi enemiga, que saldría luego

a la pura región de la alegría!

- XLII -

Ya siento el dulce espíritu de la aura,
que mansamente murmurando aspira;
ya veo el puesto a donde amor me tira,
y a do su muerta llama el fuego instauro.

5

¿Cuál amador de Cintia, o Delia, o Laura
temió más el desdén, la ardiente ira,
que yo la Luz que tiernamente mira
mi mal, y de la pena me restaura?

10

Como al que espantó el rayo con el trueno
y lumbre, que aun le queda a la memoria
el alto estruendo del terror pasado;

tal yo, que estuve triste y siempre lleno

de males, huyo en muestras de mi gloria,
temiendo el bien que no esperé, engañado.

- XLIII -

Tú, que con la robusta y ancha frente

y grandes hombros sustentaste, alzado,

rey africano, todo el consagrado

cercos de las estrellas reluciente;

y tú, que cuando Atlante temblar siente 5

la inmensa carga, sin doblar cansado

el vigor de tu cuello, levantado,

sufriste tanto peso osadamente,

yo no os envidio, aunque en la grandeza

y en valor desigual, porque el sereno 10

cielo y estrellas, do el Amor se cría

y donde reina eterna la belleza,

sostuve glorioso y de bien lleno

cuanto sufrió la corta suerte mía.

- XLIV -

Amor en mí se muestra todo fuego,
y en las entrañas de mi Luz es nieve,
fuego no hay que ella no torne en nieve,
ni nieve que no mude yo en mi fuego.

La fría zona abraso con mi fuego, 5
la ardiente mi Luz vuelve helada nieve,
pero no puedo yo encender su nieve
ni ella entibiar la fuerza de mi fuego.

Contrastan igualmente hielo y llama,
que de otra suerte fuera el mundo hielo 10
o su máquina toda viva llama.

Mas fuera, porque ya resuelto en hielo
o el corazón desvanecido en llama,

ni temiera su llama ni su hielu.

- XLV -

Hurtadas glorias de esperanza incierta,
vanos efectos, días mal gastados
dieron triste principio a mis cuidados
y ocasión a mis lástimas abierta.

De mi favor y mi alegría cierta 5

los pasos fueron súbito cortados,
y fueron mis dolores renovados
con la memoria de mi gloria muerta.

Ahora queda inútil esperanza,
frío, calor, temor, suspiro y llanto, 10
y sólo amor en mi engañada suerte.

No deseo tornar en confianza;
que no hay corazón que sufra tanto,
ni aun bien que me defienda de la muerte.

- XLVI -

Sólo de unos honestos dulces ojos

tengo lleno mi alto pensamiento;

sólo de una belleza cuido y siento,

que da justa ocasión a mis enojos;

5

sólo me prende un lazo, que en manojos

de oro esparce el amor al manso viento;

sólo de una grandeza mi tormento

procede, que enriquece mis despojos.

No escucho otra voz ni amo, y no me acuerdo

de otra gracia jamás, ni espero y veo 10

otro valor igual en mortal velo;

si no fuese saber que ausente pierdo

la gloria que se debe a mi deseo,

nunca más bien de amor me diese el cielo.

- XLVII -

Llevarme puede bien la suerte mía
al destemplado cerco y fuego ardiente
de la abrasada Libia, o do se siente
casi perpetua sombra y noche fría,

que en la niebla tendré lumbre del día, 5
templanza en el calor, aunque esté ausente
de vos, mi bien, y Amor, siempre inclemente,
me niegue la esperanza de alegría.

Y no podrá mi áspero tormento,
y el inmenso dolor, que temo tanto, 10
turbarme un solo punto de mi gloria;

que en medio de mi grave sentimiento,

de mi hielo y mi llama, alegre, canto

de mi dichoso mal la rica historia.

- XLVIII -

Aquí yo vi el luciente y puro velo
por los hermosos hombros esparcido,
que se puso en mi cuello, y sacudido
a la aura, el oro retocó en su vuelo.

Cual baja el bello Amor del alto cielo 5
con crispante esplendor esclarecido,
tal mi Luz pareció con encendido
vigor, que hace ilustre y rico el suelo.

Mis ojos, que gozaron esta gloria,
son dichosos, y guardan la alegría 10
para el dolor que el alma presa siente.

¡Oh qué dulce holganza a la memoria,
dulce bien y regalo de aquel día,

que siempre alabo en soledad ausente!

- XLIX -

A don Pedro Tello

En tanto que en el fiero hórrido seno
de la antigua Cartago el estandarte
de España honráis, y al sarraceno Marte
el pecho de temor mostráis ajeno,

5

yo aquí, do el rico Betis, de honor lleno,
el fértil curso ufano en vueltas parte,
dando de mí al amor la mejor parte,
de mi incierta esperanza me enajeno.

10

Mi Luz bella y sus lazos y oro canto,
y aunque el valor insigne vuestro admiro,
de lauro a vos no envidio la corona;

que a mayor premio el ánimo levanto
si mi divina Luz, por quien suspiro,
de sus hermosas hebras me corona.

- L -

Pensoso vuelvo a la alma del pasado
tiempo el dolor que tuve, y el presente,
ya que razón alguna no consiente
que en dulce error padezca enajenado.

El cuello ya levanto deslizado, 5
que la señal del yugo impresa siente;
¿cuál tuyo, oh impío Amor, grave accidente,
digo, podrá mudar mi ufano estado?

Yo sé bien cuánto duele una esperanza
que huye y un temor que crece en pena,
y cuán vano el es el fin de mi deseo;

mas deshaces, cruel, mi confianza

simple, que a tus engaños me condena,

y voy alegre al mal que temo y veo.

- LI -

Las armas fieras cante el triste hado

del soberbio Ilión, ceniza hecho
el impío orgullo, el temerario pecho

con saeta celeste atravesado;

el mar nunca primero navegado, 5

y duras peñas del concurso estrecho,

de centauros el ímpetu deshecho,

o Egeón con cien brazos indignado;

quien en la Aonia selva ornó su frente,

habitador de la Cirrea cumbre, 10

para vencer la muerte con memoria;

que yo sólo, si Amor tal bien consiente,

mi pura Estrella, canto vuestra lumbre,

que me afina en las llamas de su gloria.

- LII -

¿Por qué renuevas este encendido,
tirano Amor, en mi herido pecho,
que ya casi olvidado del mal hecho
vivía en soledad de mi tormento?

5

Cuando más descuidado y más contento
revuelves a meterme en tanto estrecho,
oblígame, cruel, que a mi despecho
procure contrastar tu fiero intento.

Las armas, en el templo ya colgadas,
visto y el acerado escudo abrazo 10
y en mi venganza salgo a la batalla.

Mas ¡ay! que a las saetas, que templadas

en la luz de mi Estrella están, y al brazo

tuyo no pude resistir la malla.

- LIII -

¿Quién rompe mi reposo? ¿Quién desata

el dulce sueño al corazón cansado?

¿Quién despierta el temor de mi cuidado?

¿Quién mi sosiego amado desbarata?

La fuerza de mi afán, que me maltrata

5

turbando mi descanso, y tan pagado

estoy del mal, que en él, enajenado

de lo más, el sentido se recata.

Fuera yo a mi pasión no agradecido

si no buscara extremos en la pena,

10

como en la presunción de mi osadía.

El bien de mi dolor tan bien sufrido

es pensar que cuan fiero me condena

tanto es mayor con él la gloria mía.

- LIV -

Ojos en quien me espíritu respira

tal vez, ardiendo en lúcidas centellas;

ojos no, mas purísimas estrellas,
rayos que el sol menor celoso mira;

rico puesto, a do sólo amor espira, 5

dichoso en las eternas luces bellas,

y sus llamas afina, y templa en ellas,

siempre fiero y cruel, la aguda vira;

no alcanza nombre alguno a la belleza

vuestra; y así, no digo cuánto siento, 10

que tanto bien no acabe en voz humana.

Baste que para osar a vuestra alteza

vos llame ¡oh dulce causa a mi tormento!

ojos de mi sirena soberana.

- LV -

Céfiro renovó en mi tierno pecho
floridas ramas de esperanza cierta,
a mansa lluvia, a sol temprano abierta,
y todo se mostraba en mi provecho.

Cuando de hielo un crudo soplo hecho 5
de aquella parte de calor desierta,
abate en tierra mi esperanza muerta,
y el trabajo en un punto, fue deshecho.

Quedó en el mismo puesto el hielo frío,
que con el fuego en mi dolor contiene,
10 y vence alguna vez, otra es vencido.

De allí siempre temí en el pecho mío

la nieve, que aunque el fuego me defiende,

medroso estoy del daño recibido.

- LVI -

Salen mil pensamientos al encuentro
cuando estoy más ajeno, y pueden tanto
que a pena de mis males me levanto
y ya me hallo en el peligro dentro.

Sin recelo mi afrenta sigo y entro 5
osando, o ciego error, para más llanto,
y aunque me esfuerzo, al fin no puedo cuanto
debo en tantas mudanzas con que encuentro.

No es la tristeza ni el dolor quien hace
la guerra que padezco de mi daño, 10
que el mal no espanta a quien lo tiene en uso.

El bien que temo y dudo me deshace,

que yo sé bien por el ausente engaño

juzgar de este presente el fin confuso.

- LVII -

(A don Melchor Maldonado)

Si puede celebrar mi rudo canto
la luz de vuestro ingenio y la nobleza,
tendrá perpetua gloria con grandeza
de fama en el dorado y rico manto.

Pero si de mi mal no me levanto 5
y Amor me ocupa todo en la belleza,
sola y grave ocasión de mi tristeza,
por quien suspiro y me deshago en llanto,

será en cuanto sostenga la alma mía
el duro peso, sin temor de olvido, 10
siempre vuestro valor de mí estimado,

porque el sosiego, trato y cortesía

a vos todo me tienen ofrecido,
¡oh ilustre honor del nombre Maldonado!

- LVIII -

Tal vez abrasa con vapor fogoso,

tal vez enfría con horror helado,
de la africana fuente desatado
el cristal en el mismo trato ondoso.

Cuando el cielo en la sombra está medroso,
5
hierva en ardor su curso destemplado,

y cuando yace el sol más inflamado,

corre un invierno de rigor nevoso.

Son tales los milagros en mi pecho,

sujeto y condenado a tu crudeza, 10

haces, fiero tirano y señor mío,

que estoy en el calor un hielo hecho,

y un fuego de inmortal naturaleza

en la fuerza y vigor del mayor frío.

- LIX -

A don Álvaro de Bazán primer marqués de Santa Cruz

Esconde, tardo Bágrada, en tu seno
la fiera armada de tu osada gente,
y arrancando los cuernos de la frente
pierde el orgullo ya, de esfuerzo ajeno.

Que a todo el ancho Ponto pone freno, 5
vengando con la aguda espada ardiente
los insultos, que sufre el Occidente,
el domador del cita y agareno.

Verás la tierra presa, el mar sangriento,
y al nombre de Bazán temblar medroso 10
el corazón más bravo y arrogante,

y atado en hierro el cuello descontento,
rendirse al brazo suyo poderoso
cuanto abrazan el Nilo y grande Atlante.

- LX -

Ausente pienso en mi dolor conmigo,

si alguna vez estuve tan contento,

que no diese el cuitoso sentimiento

el lugar que se debe al más amigo;

y hallo al fin en este mal que sigo 5

que nunca un hora libre de tormento

puede alcanzar; que al cabo el pensamiento

es mi amor contrario y enemigo.

Bien que puedo traer a la memoria

sombras de un bien que descubrí tan vano,

que se desapareció luego a mis ojos;

mas esto no me puede causar gloria;

antes da siempre a mi dolor la mano

para que no se acaben mis enojos.

- LXI -

A don Luis Barahona de Soto

Vos celebrando al son de noble lira,
insigne Soto, vuestra dulce pena,
del Dauro la ribera tenéis llena
y el verde bosque, que de vos se admira

Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira, 5
solo en esta desierta, ardiente arena,
rompo mis ojos en profunda vena
y el gran Betis en mi mal suspira.

Dichoso vos, que en luz de inmortal fuego,
de vuestra Fénix renováis la gloria, 10
que no podrá cubrir niebla de olvido.

Yo, mísero, sin bien, herido y ciego

avivo de mis males la memoria,
desesperado y nunca arrepentido.

- LXII -

Amor, en un incendio no acabado

ardí del fuego tuyo, en la florida
sazón y alegre de mi dulce vida,
todo en tu viva imagen transformado.

Y ahora, oh vano error, en este estado, 5

no con llama en cenizas escondida,
mas descubierta, clara y encendida,
pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.

No más, baste, cruel, ya en tantos años

rendido haber al yugo al cuello yerto, 10
y haber visto en el fin tu desvarío.

Abra la luz la niebla a tus engaños,

antes que el lazo rompa el tiempo y muerto
sea el fuego del tardo hielo mío.

- LXIII -

A la muerte de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,
la virtud militar y la victoria
grandes ciudades presas, en memoria,
y todo el noble mar que a Grecia baña.

Tú solo, tú, con singular hazaña 5
ganaste vencedor tan alta gloria,
que las voces se cansan de la historia
que tus ínclitos hechos acompaña.

El furor de otomano quebrantado
será justo despojo, que esculpido 10
en lengua de la fama alce tu nombre.

Can tal blasón, valor nunca domado,
ingenio y arte hacen que vencido
no pueda ser del tiempo un mortal hombre.

- LXIV -

El triste afán del corazón doliente,
con la memoria de mis males llena,
va repitiendo con tu sola arena,
sacro rey de las aguas de Occidente.

Las ondas acrecienta a tu corriente, 5
socorriendo a tu curso con la vena
de mis ojos llorosa, y junto suena
el suspiro, que esfuerza a la creciente.

Al fin gasto el humor, y cesa el viento
y exhala el fuego con incendio tanto 10
que de húmido te hace ardiente río.

En vano intentas a este encendimiento
resistir, pues no pudo el grave llanto

quebrantar su rigor, del dolor mío.

- LXV -

Como en la cumbre excelsa de Mimante,
do en eterna prisión arde y procura
alzar la frente airada y guerra oscura
mover de nuevo al cielo el gran gigante,

se nota de las nubes, que delante 5

vuelan y encima en hórrida figura,

la cálida de tempestad futura,
que amenaza con áspero semblante,

así de mis suspiros y tristeza,
del grave llanto y grande sufrimiento 10

se muestra el mal, que encierra el duro pecho.

Por eso no os ofenda mi flaqueza,

bella estrella de amor, que mi tormento

no cabe bien en vaso tan estrecho.

- LXVI -

Fiero dolor, que el corazón cuitado
tanto afliges y cansas; dolor fiero,
que por templar mi mal con honra quiero
llamar sólo dolor desesperado;

pues al extremo a tu rigor llegado, 5
y del amor ningún remedio espero,
acaba ya mi vida, o, pues no muero,
acábase contigo mi cuidado.

Porque si del furor de mi tormento
puedo alentar, ya nunca más victoria 10
daré de mí al autor de tu crudeza;

y el horror de la pena y mal que siento
quedará siempre vivo en mi memoria,
para huir contino tu dureza.

- LXVII -

Preso en la red de amor dorada y pura,
y ardiendo en vivos rayos de belleza,
mueve el sutil pincel, y con destreza
su fuerza en vuestra luz mostrar procura.

La arte a su fin llegó, la hermosura
5
al intento excedió en extrema alteza;
en ella infunde el mismo su grandeza,
y espíritu se hace en su figura.

Su llama en él enciende a quien la mira,
y en la virtud, que halla soberana, 10
lleva el alma abrasada en alto vuelo;
y con la gloria eterna, que le inspira,
goza, excelsa y bellísima Diana,

el sereno esplendor del alto cielo.

- LXVIII -

Esta sola desierta, ardiente arena,
fatal sepulcro al último occidente,
de armas rotas, de muerta y presa gente
y de sangrientos ríos está llena.

Infamia y honra en un error condena 5
al corazón cobarde y al valiente;
el premio es desigual; que el uno siente
perpetua gloria, el otro eterna pena.

Con un súbito estrago y espantoso
y confuso desorden acabando, 10
cedió el valor heroico al africano.

Grave crimen del vulgo temeroso;
que, pues murió, muriera peleando
do murió, todo el reino lusitano.

- LXIX -

Fernando, yo surqué con viento lleno
del dulce Amor el grande mar abierto,
y libre de temor, sin buscar puerto,
atravesé de un seno en otro seno.

En medio el curso, se turbo el sereno

cielo, y revuelto todo, el Ponto incierto

rompe mi flaca nave, y ya desierto

de salud, en las ondas voy, ajeno.

Si en esta tempestad es tal mi suerte
que escape de peligro, nunca el fiero 10
tirano llevará de mí victoria;

mas antes que en olvido cubra Muerte
mi nombre humilde, celebrar espero

del español belígero la gloria.

- LXX -

Si no sufría ya la adversa suerte
que más viviera el reino lusitano,
ardiera en guerra fiera, y Marte insano
moviera del contrario el brazo fuerte.

Cuanta saña y furor la tierra vierte, 5
hierro, fuego enemigo de impía mano
armara, y no entregara al africano
los cobardes despojos de su muerte.

No es vergüenza morir, y la victoria
y vida, el honor no, rendir osado 10
al ímpetu de Libia violenta.

Fuera sin culpa mísero con gloria,
honrárase en la queja de su hado,

y faltara a sus lágrimas la afrenta.

- LXXI -

Soberbio Tajo, que en la gran corriente
entrabas de Neptuno impetuoso,
¿por qué con tardo paso y temeroso
vas humilde abatiendo tu creciente?

Si al fiero Luco osado alza la frente, 5
domador de tu ejército famoso,
no debes tú por eso estar medroso,
ni el furor libio recelar presente;
que en tu favor el Ebro grande, el Duero
y el sacro ondoso Betis a porfía 10
el valor juntarán, la fuerza y arte.

Luego verás al núpida guerrero
perder roto el orgullo y la osadía,
y cautivo humillado venerarte.

- LXXII -

A don Francisco de Medina

Ya que en vano contraste al dolor fiero,
y faltándome el bien, crece el tormento,
y la esperanza sin ningún aliento
me olvida, y de remedio desespero,

este desierto puesto sólo quiero, 5
pues lo aquejó mil veces mi lamento;
que al triste cuerpo, siempre descontento,
sea el sepulcro de su mal postrero.

Si tuvo en vos, Francisco, Amor tirano

tal vez imperio, a lástima movido, 10

este verso cortad en mi memoria:

«Uno aquí yace que amó firme en vano,
y cuando esperó bien, aborrecido
la vida lo dejó, y huyó su gloria».

- LXXIII -

Fría ceniza de mi ardiente fuego,
y rotas hebras de mal firme nudo
que me enlazó, de cuitas ya desnudo,
vos miro alegre y libre en mi sosiego.

No es este el tiempo, no, en que anduve ciego,
5
ni la ocasión que así perderme pudo;
que contra el mal embraza el fuerte escudo
razón, y el feudo antiguo ya vos niego.

La luz pura, en mi oscura niebla abierta,
me descubre el error que proseguía, 10
y lleva osando por el paso estrecho.

Muerto el deseo, y la esperanza muerta,

y sin fuerza vosotros, ¿qué porfía

vos mueve a molestar mi duro pecho?

- LXXIV -

Cuando rendía la arrogante frente

el ya vencido reino lusitano,
y de Filipo el brazo soberano
ponía el freno estrecho al Occidente,

con fiero influjo, con señal ardiente, 5

que dio sospecha y dio temor no en vano,

el cielo se llevo con dura mano
la luz más pura de Austria y excelente;

mas, de estrelladas hebras coronada,

esculpió entre los astros su belleza, 10

do alegre mira el rico hesperio suelo.

¡Cuánto puedes virtud, que arrebatada

de esta humildad a la inmortal grandeza,

eres amor, y eres honor del cielo!

- LXXV -

Donde el dolor me lleva vuelvo al paso,
tan cansado y perdido que no tengo
para arribar fuerza, y nunca vengo
a conceder holganza al cuerpo laso.

El mal me sigue de uno en otro paso, 5
perpetuo y grave, tal que lo sostengo
sólo por entender que en mí me vengo
de cuanta pena por Amor yo paso.

Si en este afán, que ha de acabarse tarde,
osara esperar bien, fuera descanso 10
dulce y regalo mi mortal congoja.

Mas ya remedio no vendrá, que guarde

el corazón caído, y más me canso

cuando el trabajo intenso en algo afloja.

- LXXVI -

Alma bella, que en este oscuro velo
cubriste un tiempo tu vigor luciente,
y en hondo y ciego olvido gravemente
fuiste escondida, sin alzar el vuelo;

ya despreciando este lugar, do el cielo
te encerró y apuró, con fuerza ardiente,
y roto el mortal nudo, vas presente
a eterna paz, dejando en guerra el suelo.

5

Vuelve tu luz a mí y del centro tira
al ancho cerco de inmortal belleza,
como vapor terrestre levantado,
este espíritu opreso, que suspira
en vano por huir de esta estrechez,

10

que impide estar contigo descansado.

- LXXVII -

En noche sola voy con sombra, oscuro,
sin bien, perdido, ajeno de reposo,
con débil paso y corazón medroso,
buscando del amor lugar seguro.

Siento al lado del arco el golpe duro, 5
y de mayor peligro receloso,
vuelvo sujeto a mi dolor penoso,
y en mal antiguo nuevo mal procuro.

El yerto, hórrido risco despeñado,
y la montaña áspera parece 10
llana senda al deseo que me lleva.

Culpa no es del, que siempre va engañado;
mas la razón, que ve, ¿por qué se ofrece

al conocido error que nunca prueba?

- LXXVIII -

Osé y temí, mas pudo la osadía
tanto que desprecié el temor cobarde;
subí a do el fuego más se enciende y arde
cuanto más la esperanza se desvía.

Gasté en error la edad florida mía, 5
ahora veo el daño, pero tarde,
que ya mal puede ser que el seso guarde
a quien se entrega ciego a su porfía.

Tal vez pruebo (¿mas que vale?) alzarme
del grave peso que mi cuello oprime, 10
aunque falta a la poca fuerza el hecho.

Sigo al fin mi furor, porque mudarme
no es honra ya, ni justo que se estime

tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

- LXXIX -

A Pompeyo

Después que Mitridates rindió al hado

el fiero pecho, y Asia sacudida,
cayó rota, y la tierra, al fin vencida,

vio el mar de los piratas despojado,

lo que no pudo el medo, el parto osado, 5

ni virtud de Sertorio esclarecida,

una vil, flaca diestra la temida
cabeza, oh gran Pompeyo, te ha cortado;

y el cuerpo mal cubierto de la arena,

triste ultraje y cruel de humana gloria, 10

desierto yace. ¡Oh cuánto en ti la dura

suerte discorde se mostró y ajena!

Pues falleciendo tierra a tu victoria,

la tierra falleció a tu sepultura.

- LXXX -

A Felipe II

Ya que el sujeto reino lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente,
y todo el grande esfuerzo de Occidente
tenéis, sacro señor, en vuestra mano,

Volved contra el suelo h6rrido africano 5
el firme pecho y vuestra osada gente,
que su poder, su coraz6n valiente,
que tanto fue, ser6 ante el vuestro en vano.

Cristo os da la pujanza de este imperio
para que la fe nuestra se adelante 10
por do su santo nombre es ofendido.

¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio

bastará alzar la frente, que al instante

no se derribe a vuestros pies rendido?

- LXXXI -

Al marqués de Santa Cruz, en la rendición de las terceras

«Yo, que el temor al piélago Adriano
quité, y de Etolia en el famoso estrecho
quebré el orgullo, y sin valor deshecho
dejé primero el ímpetu otomano,

en este peligroso golfo insano, 5
do Francia llora rota el crudo hecho,
osando en tu valor, con fuerte pecho
pongo fin al imperio lusitano.

Alargue el mar su derramado seno,
que en todo él pienso ser victoriosa, 10
siguiendo en cualquier trance tu bandera».

España así con esplendor sereno
dijo al grande Bazán en la dudosa
conquista de la presa ya Tercera.

- LXXXII -

A Juan Antonio del Alcázar

Osé subir con poca diestra suerte

al florido Helicón, y donde baña
el cristal de Ipocrene la campaña,

y Castalia las puras ondas vierte,

para alabar el pecho osado y fuerte 5

los grandes hechos que honran nuestra España;

mas no se debe a mí tan gran hazaña,

no es vencedor mi canto de la muerte.

Por no entregarme al ocio descuidado,

Antonio, escribo, y mi serena Estrella 10

voy con mis rudos versos ofuscando;

mas, si en sus vivos rayos inflamado

me veo, vos veréis en gloria de ella

honrando a España ir vuestro Fernando.

- LXXXIII -

Dejad ya de seguir el paso incierto
del militar honor, y aquel cuidado
de igualar al abuelo celebrado,
y en paz tomad, Señor, seguro puerto.

Ya vuestro sol va al occidente cierto, 5
de dolencia y afán y años cargado,
¿qué esperáis? Romped ya el embarazado
camino, y escoged el más abierto.

Harta gloria habéis dado a nuestra España
con el valor y la real largueza, 10
que sin igual en vos conoce el suelo.

Creed que no será mejor hazaña
vivir con vos de hoy más, y dar al cielo

parte de vuestras obras y grandeza.

- LXXXIV -

Aunque el dolor que la alma triste oprime

no deja respirar al buen deseo,
si tal vez descargado el peso veo,

y el duro afán que menos me lastime,

podrá ser, por ventura, que se estime 5

mi canto igual con el del tracio Orfeo,

y que el sacro furor del gran Timbreo

en la celeste cumbre me sublime.

Entonces, cuando ya vencida incline

la envidia, entre los pocos que sostiene 10

mostrará vuestro nombre la memoria;

y allí el valor y el corazón insigne

vuestro honrarán las musas de Hiprocrene,

del hesperio león oh excelsa gloria.

- LXXXV -

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
que respirando de su ardor injusto,
pruebo a sentir este pequeño gusto
de ver mi rostro humedecido en llanto.

Que nunca el alto Etna con espanto
5
los grandes miembros y el rebelde busto
del impío que cayó con rayo justo,
puede encender ni nunca encendió tanto.

No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
antes avivan su furor creciendo, 10
aunque venzan del Nilo la corriente.

¿Si, suelto en agua, rompo el nudo luego,

que más te agrada desatarlo ardiendo,

es menos mal lo que es más diferente?

- LXXXVI -

Sigo por un desierto no tratado,
sin luz, sin guía, en confusión perdido,

el vano error, que sólo me ha traído

a la miseria del más triste estado.

Cuanto me alargo más, voy más errado 5

y a mayores peligros ofrecido,
dejar atrás el mal me es defendido,

que el paso del remedio está cerrado.

En ira enciende el daño manifiesto

al corazón caído, y cobra aliento 10

contra la instante tempestad osando.

O venceré tanto rigor molesto,
o en los concursos de su movimiento

moriré, con mis males acabando.

- LXXXVII -

Dulces halagos, tierno sentimiento
regalos blandos y amoroso engaño,
que a un rudo pecho y del Amor extraño
fuiste grave ocasión de su tormento,

¿qué dura fuerza y grande movimiento
5
os deshizo y mostró el cubierto daño?
¿Por qué no me consuela el desengaño
ya que me ofende ver mi perdimiento?

No me distes herida tan liviana
que a lo íntimo del alma no tocase, 10
quedando en ella eternamente abierta.

Faltaste porque nunca yo alcanzase
del bien que tuve en esperanza vana

segura una hora de alegría cierta.

10

Deucalión y quien pensó del cielo
regir incauto la perpetua lumbre,

más agua aquí hallarán y más fuego.

- LXXXIX -

Yo bien pensaba, cuando el desdén justo
refrió en duro hielo el fuego ardiente
del corazón, y con osada frente
se opuso contra Amor fiero y robusto,

que no bastara a derribarme el gusto 5
ni a torcerme el intento otro accidente,
que ya me conocía diferente
y libre de un tirano tan injusto.

Mas al primer sonido del asalto
desamparo la fuerza y el escudo 10
rindo y armas, temblando antes del hecho.

Bien sé que en lo que debo a la honra falto,
mas el temor, que de ella está desnudo,
y otra fuerza mayor vencen mi pecho.

- XC -

¡Cuitado yo! ¿De cuál furor perdido,

olvido el sentimiento mejor mío?

al peligroso error y desvarío

por do voy, ¿a do vuelo aborrecido?

El orgullo de austro embravecido,

5

el cielo oscuro y solo y horror frío

no me ponen temor; que al fin porfío,

y venzo la razón con el sentido.

No cierro yo los ojos a mi daño:

que quien me tiene opreso no consiente

10

que merezca en mi mal hallar disculpa.

Delito es voluntario, no es engaño;

pero sí es; que en voluntad doliente

siempre amor da ocasión a nueva culpa.

- XCI -

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
armar de intensa nieve el pecho mío,
porque el rayo de Amor no al lento frío
rompiese el rigor duro en vivo aliento.

Procuré no rendirme al mal que siento, 5
y fue todo mi esfuerzo desvarío;
mi libertad perdí y mi usado brío
cobré un dolor perpetuo en mi tormento.

La llama al hielo destempló en tal suerte,
que, gastando su humor, quedó ardor hecho,
10
y es inexhausto fuego cuando espiro.

No puede este mi incendio darme muerte;
que cuanto de su fuerza más deshecho,

tanto más de su eterno afán respiro.

- XCII -

Hacer no puede ausencia que presente
no os vea yo, mi Estrella, en cualquier hora,
que cuando sale la purpúrea aurora
en su rosada falda estáis luciente.

Y cuando el sol alumbra el Oriente 5
en su dorada imagen os colora,
y en sus rayos parecen a deshora
rutilar los cabellos y la frente.

Cuando ilustra el bellísimo lucero
el orbe, entre los brazos puros veo 10
de Venus encenderse esta belleza.

Allí os hallo, allí suspiro y muero,
mas vos, siempre enemiga a mi deseo,

os mostráis sin dolor a mi tristeza.

- XCIII -

Huyo aprisa, medroso, el horror frío

y la aspereza y aterido invierno,
y la aura espero de Favonio tierno

contra su fuerza y el seco estío.

Mas, Herrera, en el grave estado mío 5

me ofende el prevenir y al fin dicierno

Céfiro breve y Aquilón eterno
y siempre en un error por mal porfío.

Al cabo habrá de ser que el destemplado

estío acabe en fuego o en tanta nieve 10

rígido invierno el pecho endurecido.

Vos que en sosiego, si de amor cansado,

estáis, o si pasión presente os mueve,

tened dolor de verme tan perdido.

- XCIV -

A Marco Bruto

Al fin yaces ¡oh del valor latino
última gloria! por tu fuerte mano,
tentado habiendo reducir en vano
la libertad al orbe, de ella indino.

Tu virtud te guió, perdió el destino; 5

pero pudo tu esfuerzo soberano
mostrar que fuiste capitán romano,
y sólo sucesor de Bruto dino.

¡Oh si ajena ambición no te moviera
a desnudar el hierro, o ya desnudo, 10

siguiera tu hazaña la ventura!

Que ninguno tu igual en Roma hubiera;

mas trájote en desprecio el hado crudo

del grave yeso y la virtud segura.

- XCV -

Tú, que del sacro imperio de Occidente,
Francia, fuiste cabeza, y del cristiano
valor, mísera ya, el orgullo insano
pierde, y humilla al fin la yerta frente;

no tientes del ibero pecho ardiente, 5
siguiendo el odio ciego del tirano,
mas el poder y esfuerzo soberano;
que a injusta empresa el cielo es inclemente.

¿A do huyó el deseo que tenías
de imitar piadosa las hazañas 10
del grande Carlo y fuerte Godofredo?

Mas, oh mezquina, en impío error porfías,
y enciendes fiera el fuego en tus entrañas,

y corres a tu muerte ya sin miedo.

- XCVI -

Esta rota y cansada pesadumbre,
osada muestra de soberbios pechos;
estos quebrantos arcos y deshechos
y abierto cerco de espantosa cumbre,

descubren a la ruda muchedumbre 5
su error ciego y sus términos estrechos,
y sólo yo en mis grandes males hechos
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.

Pienso que mi esperanza ha fabricado
edificio más firme, y aunque veo 10
que se derriba, siga al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio a un obstinado,
que la razón oprime en el deseo

de ver su error y padecer más daño?

- XCVII -

Bárbara Tierra, que en tu frío seno
cubres los grandes cuerpos derribados
de aquellos españoles, que, domados,
dejaron de terror el orbe lleno,

mira en los altos troncos el ajeno 5
trofeo y gime viendo allí colgados
los despojos, jamás nunca esperados
en tanto honor del impío sarraceno.

Y tú, Mar, que manchaste tu corriente
con generosa sangre, suena airado, 10
y decid ambos, tristes, de esta suerte:

Heroicas almas, gloria de Occidente,
id dichosas, que ya el acerbo hado

lloró España, honró el mundo vuestra muerte.

- XCVIII -

A un amigo

Rompió la prora en dura roca abierta
mi frágil nave, que con viento lleno
veloz cortaba el piélago sereno
y a pena escapo de la muerte cierta.

5

Afirme el pie yo en tierra, que la incierta
onda del mar no me tendrá en su seno,
ni de mí me podrá traer ajeno
vana esperanza de salud desierta.

Si la sombra del daño padecido
puede mover, Filipo, vuestro pecho,

10

huid surcar del Ponto la llanura,

y creed que en el golfo de Cupido

ninguno navegó, que al fin, deshecho,

no se perdiese falto de ventura.

- XC|X -

A Fernando de Cangas

De este tan grave peso, que cansado
sufro, Fernando, y sin valor contraste,
procuro alzar el cuello, mas no basto,
que al fin doy con la carga, desmayado.

De mil flaquezas más afrendado, 5
me enciendo en ira y la paciencia gasto,
pero nunca león hambriento al pasto
va como yo al error de mi cuidado.

Mas aunque oprima en mí mi mejor parte,
 ¡ved si estoy ya de Amor aborrecido: 10
 oso al fin y me opongo a mi deseo!

Y es en estos trances de dudoso Marte

será de mí, si soy varón, vencido

otro mayor que el africano Anteo.

- C -

Despoja la hermosa y verde frente
de los árboles altos el turbado
Otoño, y dando paso al viento helado
queda lugar al aura de Occidente.

Las plantas que ofendió con el presente 5
espíritu de Céfito templado
cobran honra y valor y esparce el prado
olor de bellas flores dulcemente.

Mas ¡oh triste! que nunca mi esperanza,
después que la abatió desnuda el hielo, 10
torna a avivar para su bien perdido.

Cruda suerte de amor dura mudanza
firme a mi mal, que el variar del cielo

tiene contra su fuerza suspendido.

- CI -

A don Diego Girón

Esperé un tiempo y fue esperanza vana

librar de esta congoja el pensamiento,

subiendo de Castalia al alto asiento,

do no puede alcanzar musa profana,

para cantar la honra soberana 5

(ved cuan grande es, Girón, mi atrevimiento)

de quien con inmortal merecimiento

contrasta al hado y su furor allana.

Que bien sé que es mayor la insine gloria

de quien Melas bañó y el Mincio frío 10

que de quien lloró en Trebos sus enojos.

¿Mas qué haré si toda mi memoria

ocupa amor, tirano señor mío?

¿Qué, si me fuerzan de mi Luz los ojos?

- CII -

Error fue vano disponer el pecho,
enseñado al dolor de amor esquivo,
a nueva libertad, que al fin cautivo
vuelvo, no sé si diga a mi despecho.

Pudo traerme el crudo a tal estrecho, 5
que abrió en la fuerza de un semblante altivo
la vena, que de nuevo en fuego vivo
encendió al corazón, ya un hielo hecho.

¿Mas qué mucho? ¿No vemos inflamarse
un pedernal herido, y encontrado 10
un hierro en otro despedir centellas?

¿Cómo puede mi pecho no abrasarse

al golpe del Amor, si está tocado

siempre en el fuego de mis dos estrellas?

- CIII -

Así perturbe lluvia nunca o viento
tus bellas ondas, sacro hesperio río,
y a tu nombre se incline el Ebro frío,
y el Tebro, el Nilo, el Istro violento;

si a piedad te mueve mi tormento, 5
do siempre muero y sin temor porfío,
ausente entre mil males del bien mío,
sin que pueda aun valerme el pensamiento,

en estos troncos guarda mi cuidado,
y en estas peñas mi gemido y pena 10
tus naides suenen con lloroso canto;

que nadie habrá que habiendo aquí aportado,
lea mi mal, y con la faz serena

pase, y no bañe el rostro en tierno llanto.

- CIV -

Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado,
siguiendo tu esperanza prometida,
el más florido tiempo de mi vida,
sin nombre, en ciego olvido sepultado.

5

Ya no más; baste haber siempre ocupado
el pensamiento y la razón perdida
en tu gloria y mi infamia aborrecida;
que quien muda la edad troca el cuidado.

Yo he visto a los pies puesto un duro hierro,
y torcerlo la mano del cautivo, 10
y desatarse de aquel nudo fuerte;

mas ¡oh! que ni el desdén ni mi destierro

pueden borrar del corazón esquivo

lo que nunca podrá gastar la muerte.

- CV -

La fría falda y cumbre de Pierene,
que parte al franco y al osado ibero,
cuando huela desierto Aquilón fiero
tanta copia de nieve no sostiene,

cuanto hielo en mi pecho el temor tiene 5

cuando aparta sus rayos mi lucero,
y retraído su esplendor primero,
de avivarme en su bella luz se abstiene.

Libia arenosa, aunque el ardor presente
del sol te abrasa, ni del hielo mío 10
el rigor sientes, perderás la fama;

que mayo fuego me encendió este ausente
corazón; mas en mí ya acaba el frío
el vigor, y deshace de su llama.

- CVI -

A Felipe de Ribera

Este dolor que nace en mí y se cría,
si tal vez, desdeñoso del, me atrevo
a darle muerte, con furor de nuevo
torna a crecer sin miedo en su porfía.

Poca defensa hace la alma mía, 5
que en el último extremo, ya no pruebo
poner el pecho al trance, como debo,
más cansado que ajeno de osadía.

Vos, que me veis, Ribera, quebrantado,
no me culpéis; que el mal que así recelo
combate con gran ímpetu conmigo;

cual fiero Anteo, siendo derribado,
que tocando la dura faz del suelo,
más feroz revolvía al enemigo.

- CVII -

Al Marqués de Santa Cruz

Tú, que vengando con la armada mano
el ya perdido honor del Occidente,
teñiste del Ionio la corriente
con la vertida sangre de otomano;

y volviendo, en el piélago africano

venciste el reino antiguo y tiria gente,

y del francés y escoto el pecho ardiente

rompiste, y la pujanza del germano;

y de rendir cansado el mar y tierra,
descansas ya en la paz del alto cielo; 10
que la tierra era poca a tanta gloria;

ahora, que amenaza cruda guerra
el impío cita y tiembla todo el suelo,
ven, o envía a los tuyos la victoria.

- CVIII -

Aquí do estoy ausente y escondido
lloro mi mal, pero es el dolor tanto
que en mis ojos desmaya el triste llanto,
y fallece en silencio mi gemido.

Por esta oscura soledad perdido 5
huyo y va alejándome, mas cuanto
me aparto, el mal me sigue y pone espanto
y no me vence en tanto afán sufrido.

Duro pecho, porfía no cansada,
rebelde condición que osa y contrasta 10
a tan grande mudanza y desventura,

llevadme por la senda acostumbrada
de mi error al peligro, que ya basta

ver el fin sin tentar nueva ventura.

- CIX -

Rayo de guerra, grande honor de Marte,

fatal ruina al bárbaro africano,
que en la temida España del romano

imperio levantaste el estandarte;

si al voz de la fama en esa parte 5

do estás puede llegar al reino vano,

temo con el vencido italiano
del osado español la fuerza y arte.

Otro mayor que tú en el yugo indino

lo puso, y un gran Leiva la victoria 10

de Italia conquistó en sangrienta guerra.

Y al fin un nuevo César, que al latino

en clemencia y valor ganó la gloria,

y añadió mar al mar, tierra a la tierra.

- CX -

Subo con tan gran peso quebrantado
por esta alta, empinada, aguda sierra,
que aun no llego a la cumbre cuando yerra
el pie y trabuco al fondo despeñado.

Del golpe y de la carga maltratado, 5
me alzo a pena y a mi antigua guerra
vuelvo ¿mas qué me vale? Que la tierra
misma me falta al curso acostumbrado.

Pero aunque en el peligro desfallezco
no desamparo el paso, que antes torno 10
mil veces a cansarme en este engaño.

Crece el temor y en la porfía crezco,

y sin cesar, cual rueda vuelve en torno,

así revuelvo a despeñarme al daño.

- CXI -

¿Adónde está el placer que yo sentía

en pensar que de vos era querido?

¿Adónde el bien que tuve me ha huido,

cuando más mi esperanza prometía?

¡Cuán presto gustéis ver, Señora mía,

5

deshecho el lazo en vos de amor tejido,

aunque a vuestro desgrado más torcido,

lo siente mi cerviz en su porfía!

Excuse siempre, y recele dudando

vuestra altiva exención; mas en mi daño

10

no me pude valer de mi cordura;

que Amor os tuvo, y dísteme burlando

dulces promesas, arras del engaño,

que da fin no debido a mi ventura.

- CXII -

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,

Jerónimo moriste, y apartado
de los tuyos, el piélago sagrado
honraste con tu cuerpo eternamente,

recibe, no de mármol excelente 5

dino sepulcro, del mortal cuidado
breve gloria, do al fin yace olvidado,
mas lágrimas de triste amor ardiente.

Recibe esta memoria de mi pena,
que te será perpetua por ventura, 10
pequeña prenda del amor estrecho.

Tú gozas de la pura luz serena,
tú tienes todo el mar por sepultura
y siempre eterno vives en mi pecho.

- CXIII -

A Sevilla

Reina del grande Océano dichosa,
sin quien a España falta la grandeza,
a quien valor, ingenio y la nobleza
hacen más estimada y generosa.

¿Cuál diré que tú seas, luz hermosa

de Europa? Tierra, no, que tu riqueza

y gloria no se cierra en tu estrechez;

cielo, sí, de virtud maravillosa.

Oye y se espanta y no te cree el que mira
tu poder y abundancia, de tal modo 10
con la presencia ve menor la fama.

No ciudad, eres orbe, en ti se admira
junto cuanto en las otras se derrama,
parte de España, mas mejor que el todo.

- CXIV -

No siento ya del modo que sentía
del dulce amor los hechos, ni el contento
que en el tierno dolor de mi tormento
y en mi sola tristeza descubría;

porque esto que perpetuo yo fingía 5
no alcanza mi doliente sentimiento,
y no se puede ¡ay hado violento!
guardar bien tanto en la memoria mía.

Pierdo triste el sentido con la pena
que tengo en verme en tal estado puesto,
10
lleno de confusión, de bien desierto.

Del cuello flojo arrastra la cadena
a mi despecho, y voy al fin dispuesto

para sufrir de grado el daño cierto.

- CXV -

Vos, que ajeno del mal en que rendido

fuiste del duro Amor, alzáis la frente,

y libre ya de su dolor presente,

Señor, vivís alegre y no ofendido,

no penséis que del todo sacudido 5

habéis el yugo a la cerviz doliente,

ni estéis ufano; porque el fuego ardiente

en la muerta ceniza está escondido;

que no tal vez la lumbre de esperanza

descubrirá camino, cuando luego 10

volveréis, como yo, al error pasado;

mas si vuestro valor tal suerte alcanza,

que no deis mas lugar al furor ciego,

seréis de mí más que varón llamado.

- CXVI -

Si de nuestra amistad el nudo estrecho

por desdén o liviano movimiento

(que culpa no conozco en mí ni siento)

queréis que sea sin razón deshecho;

aunque no me saldrá del firme pecho 5

del justo amor el gran merecimiento,

y he de llevar contino, descontento,

la injusta pena de este injusto hecho,

romped los lazos ya de esta cadena

que suelto a mi pesar, si al cabo os place

10

poner fin triste a nuestro dulce trato.

Yo vuestra culpa sufriré y mi pena,

pues tarde sé que en esto satisface

a tanta voluntad un pecho ingrato.

- CXVII -

Temor me impide, esfuerza la esperanza,
y cuanto me entorpece, Alfonso, el hielo,
tanto el ardor me alienta y alza el vuelo,
y llega do el deseo apenas alcanza.

Fijo la vista, sin temer mudanza, 5
en la luz bella de mi eterno cielo,
y oso traer una centella al suelo,
que abrasará con él mi confianza.

Si fue con pena inmensa la osadía
que robó el fuego a la celeste rueda 10
terror y ejemplo a humano atrevimiento,
podré alabarme en la fortuna mía;
que aunque mi grande afán al suyo exceda,

deseo que no acabe mi tormento.

- CXVIII -

A Luis Barahona de Soto

Soto, no es justo que tu canto suene,
y honre solo al humilde Dauro frío;
mas digno es del el sacro Betis mío,
que el nombre tuyo en tanta estima tiene.

Las venas de Castalia y de Pirene 5
rebosarán por ti en su ondoso río,
y vendrá a conocerle señorío
quien fue sepulcro el hijo de Climene.

Aquí es la rica Arabia y el dichoso
nido en que tu inmortal fénix enciende
el fuego que en ti afina su belleza.

Ven al florido asiento y oloroso;
huye el desierto, do su luz se ofende
y de tu excelso ingenio la grandeza.

- CXIX -

El frigio nudo deslazar procura
el grande vencedor del Oriente,
y en vano cansa, aunque en mil modos tienta,
contra aquella difícil ligadura.

Con arte no, con fuerza se aventura 5
al fin, y rompe con la espada ardiente
toda su confusión, y juntamente
cumple o burla del hado la ventura.

Yo, que mal puedo con industria alguna
desatar este lazo que mi cuello 10
oprime y de valor muestra desnudo,
hacer debo lo mismo en mi fortuna;
mas puedo mal; que no es cortar un nudo,
Fernando, quebrantar este cabello.

- CXX -

Mira, del sacro Amor oh bella esposa,
este luciente espejo que Uranía
te ofrece, el cual de la inmortal Sofía
es don que muestra su virtud hermosa.

Afija en él la vista generosa, 5
su concierto percibe y armonía,
y conociendo tu valor, desvía
los ojos de esta niebla tenebrosa;

porque, si bien estimas tu grandeza,
no te podrá teñir el claro velo 10
humo o sombra de error y de mancilla;

antes, ardiendo en fuego de pureza,
alzarás con tal fuerza el noble vuelo,
que merezcas la eterna y alta silla.

- CXXI -

No bastó el daño al fin y estrago fiero
del fuerte muro y del sidonio techo,
y el cuello haber traído al yugo estrecho
de quien tomó al Tesin y al grande Ibero;

sino a un infame Dárdano extranjero, 5
a quien ¡oh Roma! padre tuyo has hecho,
decir que di rendida el limpio pecho,
y pagué al impío amor injusto fuero.

¿Tanto pudo la envidia? ¿Pudo tanto
la musa de Virgilio mentirosa, 10
que osó manchar mi nombre esclarecido?

Mas la verdad, mayor que su alto canto,
dirá que menos casta y generosa

Lucrecia fue que la fenisa Dido.

- CXXII -

Podrá imitar la singular destreza

del pintor el semblante generoso

y el rayo de esas luces amoroso,
si tanto cabe en la mortal bajeza;

mas ¿cómo imitará tanta grandeza, 5

tantos bienes que el alto y poderoso

Olimpo os dio, si al que es en ver dichoso

ciega la luz de esa inmortal belleza?

No puede merecer la suerte humana

bien de tanto valor, porque encogiera 10

en este corto espacio todo el cielo.

Baje Amor, ¡oh Francisca soberana!

y descubra esa imagen verdadera,

para que nunca envidie al cielo el suelo.

- CXXIII -

Si para que yo sienta cuánto fuego
abrasa vuestro pecho a la luz pura,
y a los rayos de eterna hermosura
queréis que llegue deslumbrado luego,

no me digáis que mire con sosiego 5

su resplandor y su gentil figura;
mas que huya su ardor, si la ventura
puede librarme ya encendido y ciego.

¿Qué maravilla es que en viva llama
os consumáis, teniendo el sol presente, 10
y siendo vos a su calor de cera?

Conoce el mal ajeno quien bien ama,
y mi pasión en su presencia siente

la fuerza de la vuestra más entera.

- CXXIV -

Fue gloria de mi alto pensamiento
osar y ver vuestra beldad serena,
y de firmeza arder mi alma llena,
desesperando el fin de su tormento.

Si como mereció mi atrevimiento
la honra y el valor de tanta pena,
consintiera el cruel que me enajena
no ofenderos el bien del mal que siento,

pensara merecer con la fe mía
 nombre de vuestro; mas a tanta alteza 10
 la humilde mortal suerte no conviene.

Mas, ya que no vos canse mi osadía,
no pretendo consuelo a mi tristeza,

sino que consintáis que por vos pene.

- CXXV -

Pues cubre el orbe en asombrado velo
la negra oscuridad, y las estrellas
miran, errando en torno en formas bellas,
dudosas el desierto y hondo suelo,

tú, noche, a quien mis lástimas revelo, 5
y al gemido respondes triste de ellas,
oye mi mal, atiende a mis querellas,
así a ti sola sirva el vago cielo;

que no quiero que el día vea el llanto
de estos ojos mezquinos; que en tal pena
10 no conviene la luz al dolor mío.

Escucha tú, que del color el manto
de mis venturas tienes, ¡oh serena

noche! mi queja en tu silencio y frío.

- CXXVI -

Estos que al impío turco en dura guerra;

al moro, al anglo y al escoto airado,

y vencen al tudesco y al dudado

francés, y al belga en su cercada tierra,

5

y los estrechos que el mar hondo encierra

sobran, pasando por lugar vedado

con valor cual vio nunca el estrellado

cielo, que tantas cosas mira y cierra,

bien muestran en la gloria de sus hechos

que son tus hijos, ¡oh felice España!

10

honra del alto imperio de Occidente.

Alabe Roma los famosos pechos

de los suyos; que nunca, y no me engaña

el amor, fue a esta igual su osada gente.

- CXXVII -

A Garcilaso

Musa, esparce purpúreas, frescas flores

al túmulo del sacro Laso muerto;

los lazos de oro suelte sin concierto

Venus, lloren su muerte los amores;

arda la rota aljaba y pasadores, 5

la mirra y casia y cuanto el encubierto

fénix quema, y con verso grave y cierto

cante su gloria Febo y sus dolores.

Laso, por quien el Tajo al rico Tebro

y excede al Arno puro, sepultado 10

yace entre verdes hojas de amaranto.

Incline el nombre claro que celebro
sus coronas Parnaso, y admirado,
venere el alto y noble y tierno canto.

- CXXVIII -

¡Oh breve don de tu agradable engaño,
dulce mal del contento aborrecido,
cuán presto pierdes el color florido
y muestras los despojos de tu daño!

El oro vuelto en plata un blanco paño 5
cubre, y el color vivo y encendido
de los ojos, sin fuerza ya y perdido,
de tu vencido orgullo es desengaño.

Acabas y tu dura tiranía.

Y al fin, si acabas, mueres con victoria 10

de nuestro error en devaneo tanto.

Mas quien por ti se olvida y desvaría
del camino, parece sin memoria

con mayor culpa en su perpetuo llanto.

CXXIX

A Francisco Pacheco

Ya el rigor importuno y grave hielo

desnuda los esmaltes y belleza
de la pintada tierra, y con tristeza

se ofende en niebla oscura el claro cielo.

5

Mas, Pacheco, este mismo hórrido suelo

reverdece, y pomposo su riqueza

muestra, y del blanco mármol la dureza

desata de Favonio el tibio vuelo.

Pero el dulce color y hermosura

de nuestra humana vida cuando huye, 10

no torna, ¡oh mortal suerte! ¡oh breve gloria!

Mas sola la virtud nos asegura
que el tiempo avaro, aunque esta flor destruye,
contra ella nunca osó intentar victoria.

- CXXX -

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!

Cuando la no esperada edad forzosa

del oro, que aura mueve deleitosa,

mede en la blanca plata la fineza,

y tiña al rojo lustre con flaqueza 5

en la amarilla viola la rosa,

y el dulce resplandor de luz hermosa

pierda la viva llama y su pureza,

dirás, mirando en el cristal luciente

otra la imagen tuya: «Este deseo 10

¿por qué no fue en la flor primera mía?

¿Por qué ya que conozco el mal presente,

con esta voluntad con que me veo

no vuelve la belleza que solía?»

- CXXXI -

Ardo, Amor, y no enciende el fuego al hielo,
y con el hielo no entorpezco al fuego;
contrasta el muerto hielo al vivo fuego
todo soy vivo fuego y muerto hielo.

No tiene el frío polo tanto hielo 5
ni ocupa el cerco eterio tanto fuego;
tan igual es mi pena, que ni el fuego
me ofende más, ni menos daña el hielo.

Muero y vivo en la vida y en la muerte,
y la muerte no acaba ni la vida, 10
porque la vida crece con la muerte,
tú, que puedes hacer la muerte vida,

¿por qué me tienes vivo en esta muerte?

¿por qué me tienes muerto en esta vida?

- CXXXII -

A una obra espiritual que escribió don Luis Ponce de León

Vuestro canto y aliento excelso y pío

con armonía dulce a sí resuena,
que se le rinde el cisne cuando suena

en el corriente vaso del gran río.

Dichoso vos, a quien no seca el frío, 5

mas puro fuego de virtud serena;

y yo, pues vuestro noble canto ordena

vida inmortal al nombre humilde mío,

ya veo trasferirse de Helicon

la cumbre y de Parnaso la ribera 10

al asiento de náyades ondoso,

y que del lauro verde la corona

os da Betis, oh gloria de Ribera,

y del león más fuerte y generoso.

- CXXXIII -

A la muerte de don Luis Ponce de León

Aquí, donde tú yaces sepultado,
oh gloria de León más excelente,
el valor todo yace de Occidente
con envidia de Marte derribado.

No culpes la dureza de tu hado, 5
que en tierra ajena tu dolor consiente,
pues cuanto ves del austro al oriente
es sepulcro a los fuertes consagrado.

Será eterna en nosotros tu memoria,
y puesto en el dorado y alto asiento, 10
defenderás mejor tu patrio suelo.

No queda ya a la muerte mayor gloria,
pero queda igualado el sentimiento,
tristeza a España y alegría al cielo!

- CXXXIV -

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
armar de duro hielo el pecho mío,
porque el fuego de Amor al grave frío
no desatase un nuevo encendimiento

Procuré no rendirme al mal que siento 5

y fue todo mi esfuerzo desvarío,
perdí mi libertad, perdí mi brío,
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.

El fuego al hielo destempló en tal suerte,
que gastando su humor, quedó ardor hecho,
10
y es llama, es fuego todo cuanto espiro.

Este incendio no puede darme muerte,
que cuanto de su fuerza más deshecho,

tanto más de su eterno afán respiro.

- CXXXV -

El sátiro, que el fuego vio primero,
de su vivo esplendor todo vencido,
llegó a tocarlo, mas probó, encendido,
que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo, que la pura luz, do ardiendo muero, 5
mísero vi, engañado y ofrecido
a mi dolor, en llanto convertido
acabar no pensé, como ya espero.

Belleza y claridad antes no vista
dieron principio al mal de mi deseo, 10
dura pena y afán a un rudo pecho.

Padezco el dulce engaño de la vista,
mas si me pierdo con el bien que veo

¿cómo no estoy ceniza todo hecho?

- CXXXVI -

Esta desnuda playa, esta llanura
de astas y rotas armas mal sembrada,
do el vencedor cayó con muerte airada,
es de España sangrienta sepultura.

5

Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura
negó el suceso y dio a la muerte entrada,
que rehusó dudosa y admirada
del temido furor, la suerte dura.

Venció otomano al español ya muerto,
antes del muerto el vivo fue vencido, 10
y España y Grecia lloran la victoria,

pero será testigo este desierto
que el español muriendo, no rendido,
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

- CXXXVII -

Bajo el sol que con hacha luminosa

cobras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo

que iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa, 5

que nos halagas con ti fresco vuelo,

¿cuando se cubre del dorado velo

mi Luz, tocaste trenza más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro

de las errantes lumbres y fijadas, 10

¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, llamas de oro,

¿oísteis vos mis penas nunca usadas?

¿Viste luz más ingrata a mis querellas?

- CXXXVIII -

Suave Filomena, que tu llanto
descubres al sereno y limpio cielo,

si lamentaras tú mi desconsuelo
o si tuviera yo tu dulce canto,

yo prometiera a mis trabajos tanto 5

que esperara al dolor algún consuelo

y se moviera de amoroso celo
los bellos ojos cuya lumbre canto.

Mas tú con la voz dulce y armonía

cantas tu afrenta y bárbaros despojos; 10

yo lloro mayor daño en son quejoso.

¡Oh, haga el cielo que en la pena mía

tu voz suene o yo cante mis enojos,

vuelto en ti, ruiseñor, blando y lloroso!

- CXXXIX -

Venció las fuerzas el amor tirano,
cortó los nervios con aguda espada
de aquella dulce libertad amada,
que sin vigor suspiro siempre en vano.

El me vuelve y me trae por la mano 5
a do mi error y predicción le agrada,
mas ya la vida de su mal cansada
osa tornarse al curso usado y llano.

10 Pero es flaca osadía y con la muerte
luchando, abrazo alegre el dulce engaño
y me aventuro en el deseo y pierdo,
que yo no puedo ser al fin tan fuerte
que contraste gran tiempo a tanto daño

ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

- CXL -

Por un camino, solo, al sol abierto,
de espinas y de abrojos mal sembrado,
el tardo paso nuevo y voy cansado
a do cierra la vuelta el mar incierto.

Silencio triste habita este desierto 5
y el mal que hay, conviene ser callado;
cuando pienso acaballo, acrecentado
veo el camino y mi trabajo cierto.

A un lado levantan su grandeza
los riscos juntos, con el cielo iguales, 10
al otro cae un gran despeñadero.

No sé de quien me valga en mi estrechez,
que me libre de Amor y de estos males,

pues remedio de voz, mi Luz, no espero.

- CXLI -

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo
pasó, cual rota niebla por el viento,
y fue siempre terrible mi tormento
después que me cercó el temor y el hielo.

Alzaba mi esperanza al alto cielo, 5
pero en el comenzado movimiento
cayó muerta, y sin fuerza, y sin aliento
llorando estoy, desierto en este suelo,

do sólo satisfecho de mi llanto
huyo todas las muestras de alegría, 10
ausente, aborrecido y olvidado.

Membranzas tristes viven en mi canto,
y puesto en la presente pena mía,

descanso cuando estoy más lastimado.

- CXLII -

Serena Luz, de quien presenta espira
divino Amor, que enciende y junto enfrena
el noble pecho, que, en mortal cadena
al alto Olimpo levantarse aspira;

ricos cercos dorados, do se mira 5

tesoro celestial de eterna vena,
armonía de angélica sirena,
que entre las perlas y el coral respira,

¿cuál nueva maravilla, cuál ejemplo

de la inmortal grandeza nos descubre 10

aquesa sombra del hermoso velo?

Que yo en esa belleza que contemplo,
aunque a mi flaca vista ofende y cubre,

la inmensa busco y voy siguiendo al cielo.

- CXLIII -

Pura, bella, suave, estrella mía,
que, sin que os dañe oscuridad profana,

vestís de luz serena la mañana
y la tierra encendéis, desnuda y fría.

Pues vos, por quien suspiros mil envía 5

mi alma, cual castísima Diana,
movéis la empresa vuestra soberana

contra Venus y Amor con osadía,

yo seré como aquel, que su belleza

con hierro amancilló y el casto hecho 10

lo mostró con más gloria y hermosura,

pero tendré de Ladmo la aspereza,

si Luna sois, del cazador el pecho,

y no del que honró Arcadia la figura.

- CXLIV -

¡Oh, cómo vuela en alto mi deseo
sin que su osadía el mal fin tema!
Que ya las puntas de sus alas quema
donde ningún remedio al triste veo.

Que mal podrá alabarse del trofeo, 5
si estando ufano en la región suprema
del fuego ardiente, en esta banda extrema
cae por su siniestro devaneo.

Debía en mi fortuna ser ejemplo

Dédalo, no aquel joven atrevido 10

que dio al cerúleo piélago su nombre.

Mas ya tarde mis lástimas contemplo,
pero sí muero, porque osé, perdido.

Jamás a igual empresa osó algún hombre.

- CXLV -

A Carlos V Emperador

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano,
y el bravo horror del ímpetu otomano
la altiva frente humilla quebrantada.

Italia en propia sangre sepultada, 5
el invencible, el áspero germano,
y el osado francés con fuerte mano
al yugo la cerviz trae inclinada.

Alce España los arcos en memoria
y en colosos a una y otra parte, 10
despojos y coronas de victoria,

que ya en la tierra y mar no queda parte

que no sea trofeo de tu gloria

ni le resta mas honra al fiero Marte.

- CXLVI -

Dulce fuego de Amor, dulce la pena
y dulce de mi daño es la memoria,
cuando renueva Amor la antigua historia,
que a su grave tormento me condena.

Mas cuando hallo mi esperanza llena 5
del bien y de promesas de victoria,
un súbito dolor turbia mi gloria
y todos mis contentos desordena:

que será esta luz pura de belleza,
la fe del justo Amor, en poca tierra 10
vuelta, y el fuego muerto, que me inflama.

¡Oh vano ardor de la mortal flaqueza,
si el fin, que ofrece paz de tanta guerra,

no dejará aun ceniza de mi llama!

- CXLVII -

El sátiro, que el fuego vio primero,
de su vivo esplendor todo vencido,
llegó a tocarlo, mas probó, encendido,
que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo, que la pura luz, do ardiendo muero, 5
mísero vi, engañado y ofrecido
a mi dolor, en llanto convertido
acabar no pensé, como ya espero.

Belleza y claridad antes no vista
dieron principio al mal de mi deseo, 10
dura pena y afán a un rudo pecho.

Padezco el dulce engaño de la vista,
mas si me pierdo con el bien que veo

¿cómo no estoy ceniza todo hecho?

- CXLVIII -

Rosas insensibles

Rosas de nieve y púrpura vestidas;
coral rojo en marfil resplandeciente;
estrellas que ilustráis la pura frente;
en oro fino hebras esparcidas;

pues mi dolor y penas encendidas

5

el duro pecho vuestro no consiente,

o sois de humana suerte diferente,

o estáis en blanca piedra convertidas.

Y aunque ensalzado está en divina alteza,
premio de vuestra eterna hermosura, 10
por vos está obligado a más ternura.

Si no seréis de Cypro la figura,
que en la perdida muestra de belleza
encubría la piedra ingrata y dura.

- CXLIX -

Arriba Tras la bermeja Aurora el Sol dorado

por las puertas salía del Oriente,
ella de flores la rosada frente,
él de encendidos rayos coronado.

Sembraban su contento o su cuidado, 5

cual con voz dulce, cual con voz doliente,

las tiernas aves con la luz presente

en el fresco aire y en el verde prado.

Cuando salió bastante a dar Leonora

cuerpo a los vientos y a las piedras alma,

cantando de su rico albergue, y luego

ni oí las aves más, ni vi la Aurora;

porque al salir, o todo quedó en calma,

o yo (que es lo más cierto) sordo y ciego.

FIN DE LOS SONETOS DE FERNANDO DE HERRERA

Primeras líneas

A do inclino los ojos, allí veo

¿A do tienes la luz, Héspero mío,

A vuestro grave y muerto hielo frío,

Acabe ya el lamento grande mío,

¿Adónde está el placer que yo sentía

¿Adónde me dejáis al fin perdido,

Ahora, que cubrió de blanco hielo

Al fin yaces ¡oh del valor latino

Al mar desierto, en el profundo estrecho,

Al sereno esplendor de luz ardiente,

Al triste humor que mísero destilo,

Alcé la vista acaso, descuidado

Alegre, fértil, vario, fresco prado,

Alfonso, vuestro noble y grave canto,

Alma bella, que en este oscuro velo

Alma, que ya en la luz del puro cielo

Alzo el cansado paso, y a la cumbre,

Alzo ligeras alas al deseo,

Amor con todo el fuego que el humoso

Amor en mí se muestra todo fuego,

Amor, en un incendio no acabado

Amor, que me vio libre y no ofendido,

Amor, si el fuego en quien inunda el pecho

Amor, ¿para qué vale el sufrimiento

Aquel sagrado ardor que resplandece

Aquí do estoy ausente y escondido

Aquí do lloro en ti, fiel desierto,

Aquí do me persiguen mis cuidados,

Aquí donde florece la belleza,

Aquí yo vi el luciente y puro velo

Aquí, donde tú yaces sepultado,

Ardí, Fernando, en fuego claro y lento

Ardía, en varios cercos recogido,

Ardientes hebras do se ilustra el oro,

Ardió en las llamas de Eta Alcides fiero,

Ardo, Amor, y no enciende el fuego al hielo,

Así perturbe lluvia nunca o viento

Aunque el dolor que la alma triste oprime

Aura mansa y templada de Occidente,

Ausente pienso en mi dolor conmigo,

Bajo el sol que con hacha luminosa

Bárbara Tierra, que en tu frío seno

Bello cerco y ondoso, que enlazado

Betis, que en este tiempo solo y frío

Bien puede el vano error y la porfía

Canso la vida en esperar un día

Cante quejas y afán de justa pena

Céfiro renovó en mi tierno pecho

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto

Clara, suave luz, alegre y bella,

Como en la cumbre excelsa de Mimante,

Con el puro sereno en campo abierto

Con triste voz ¡oh triste musa! suena

Corre soberbio al mar del llanto mío,

Corta alegría, inútil vanagloria,

Crece y alienta fiero en el nemeo

Cual de oro el cabello ensortijado

Cual dejando el olimpo soberano,

Cual planta, que pidiendo el alto cielo,

Cual rociada aurora en blanco velo

Cuán bien, oscura noche, al dolor mío

Cuando cantar deseo la belleza

Cuando de mi Luz bella el desdén siento

Cuando el dolor desmaya al sufrimiento,

Cuando el fiero tirano de Oriente

Cuando mi pecho ardió en su dulce fuego,

Cuando miro el fino oro al manso viento

Cuando pienso, cansado del tormento,

Cuando rendía la arrogante frente

Cubre en oscuro cerco y sombra fría

Cuidé yo de tus lazos y tu fuego,

¡Cuitado yo! ¿De cuál furor perdido,

De aquella ardiente luz y ardor luciente,

De bosque en bosque, de uno en otro llano,

De este tan grave peso, que cansado

De la luz en que espira amor herido

De mi blanca sirena la luz pura

De vos ausente, ocupa en llanto el día,

Dejad ya de seguir el paso incierto

Del fiero Marte el canto numeroso

Del fresco seno ya la blanca Aurora

Del mar las ondas quebrantarse vía

Del peligro del mar, del hierro abierto

Desea descansar de tanta pena,

Despoja la hermosa y verde frente

Después que en mí tentaron su crudeza

Después que Mitridates rindió al hado

Dichoso fue el ardor, dichoso el vuelo

Do el mauritano ponto fiero baña

Do el suelo horrido el Albis frío baña

Donde el dolor me lleva vuelvo al paso,

Dulce el fuego de amor, dulce la pena,

Dulce fuego de Amor, dulce la pena

Dulces contentos míos ya pasados,

Dulces halagos, tierno sentimiento

Dura por mí fue al Tajo tu partida,

Duro el pecho, y fue grande el sufrimiento

Duro es este peñasco levantado,

El bello nombre quiere Amor que cante

El bravo fuego sobre el alto muro

El color bello en el humor de Tiro

El corazón huido busco y llamo;

El duro hierro agudo que la mano,

El frigio nudo deslazar procura

El fuego que en mi alma se alimenta,

El roto lazo había ya del muerto

El sátiro que el fuego vio primero,

El sátiro, que el fuego vio primero,

El sátiro, que el fuego vio primero,

El suave color que dulcemente

El suave esplendor de la belleza,

El tiempo que se alarga, al mal extraño,

El trabajo de Fidia ingenioso,

El triste afán del corazón doliente,

En esta helada parte, do no envía

En esta selva hórrida y desierta,

En esta soledad, que el sol ardiente

En este que prosigo, espacio incierto,

En la oscura tiniebla del olvido

En los lucientes nudos enlazado,

En noche sola voy con sombra, oscuro,

En sortijas y flores de oro ardiente,

En tanto que en el fiero hórrido seno

En tu cristal movable la belleza

En vano error de dulce engaño espero,

Error fue vano disponer el pecho,

¿Es este el fruto, Amor, que al fin recojo

Esas columnas y arcos, grande muestra

Esconde, tardo Bágrada, en tu seno

Esperé un tiempo y fue esperanza vana

Esta desnuda playa, esta llanura

Esta rota y cansada pesadumbre,

Esta sola desierta, ardiente arena,

Este dolor que nace en mí y se cría,

Este lauro que tiene en su corteza

Estos ojos, no hartos de su llanto,

Estos que al impío turco en dura guerra;

Estoy pensando en mi dolor presente

Eustacio, yo seguí al Amor tirano

Fernando, yo surqué con viento lleno

Fiero dolor, que el corazón cuitado

Flaca esperanza en todas mis porfías,

Fría ceniza de mi ardiente fuego,

Fue gloria de mi alto pensamiento

Fueron de un corto bien que huye luego,

Grande fue, aunque infelice, tu osadía,

Hacer no puede ausencia que presente

Hebras que Amor purpura con el oro,

Hondo Ponto, que bramas atronado

Hórrido invierno, que la luz serena

Hurtadas glorias de esperanza incierta,

Huyo aprisa, medroso, el horror frío

Huyo la blanda voz y el tierno canto,

Igual al Tebro, al Arno y al Metauro;

Inmenso ardor de eterna hermosura

La falda y el tendido yerto lado

La fría falda y cumbre de Pierene,

La hidra de amoroso pensamiento,

La llama crece y arde, y crece luego

La luz serena mía, el oro ardiente,

La muerte pido, un corazón amante

La púrpura en la nieve desteñida,

La red, el hacha, la cadena, el dardo

La viva llama daís y luz ardiente

Largos, sutiles lazos esparcidos

Las armas fieras cante el triste hado

Las hebras de oro puro que la frente

Las hebras que cogía en lazos de oro

Las luces do el amor su fuerza apura

Llegado al fin de cierto desengaño,

Llegue el dolor, si puede crecer tanto,

Llevarme puede bien la suerte mía

Lloré y canté de amor la saña ardiente,

Lloro solo mi mal, y el hondo río

Luces en quien su luz el sol renueva,

Luz en cuyo esplendor el alto coro

Mi bello sol, si voy de vos ausente

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo

Mi bien, que tardo fue a llegar, en vuelo

Mi Luz, así en la vuestra bella frente

Mi pura Luz, si olvida el fértil suelo

Mientras Amor entrega los despojos

Mira, del sacro Amor oh bella esposa,

Muestra de breve bien, que huye luego,

Musa, esparce purpúreas, frescas flores

¿Nací yo por ventura destinado

Ningún remedio espero en mi tormento,

No bastó el daño al fin y estrago fiero

No es tan duro mi pecho que no sienta

No espero en mi dolor lo que deseo,

No espero más de Faetón luciente

No puedo sufrir más el dolor fiero

No siento ya del modo que sentía

Nunca mi mal terrible sentiría,

¡Oh breve don de tu agradable engaño,

¡Oh cara perdición! ¡oh dulce engaño!

¡Oh cómo vuela en alto mi deseo,

¡Oh soberbia y cruel en tu belleza!

¡Oh, cómo vuela en alto mi deseo

¡Oh, fuera yo el olimpo, que con vuelo

Ojos en quien me espíritu respira

Osé subir con poca diestra suerte

Osé y temí, mas pudo la osadía

Oye tú solo, eterno y sacro río,

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,

Pensoso vuelvo a la alma del pasado

Pienso en mi pena atento y mal presente,

Pierdo tu culpa, Amor, pierdo engañado,

Podrá (y no yerro) nunca luz ardiente

Podrá imitar la singular destreza

¿Podrá ser que este afán indigno acabe,

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,

Por estrecho camino, al sol abierto

¿Por qué renuevas este encendimiento,

Por un camino, solo, al sol abierto,

Preso en la red de amor dorada y pura,

Probó atento el artífice dichoso

Profundo y luengo, eterno y sacro río,

Puede oponerse, osando, mi cuidado

Pues cubre el orbe en asombrado velo

Pues de este luengo mal penando muero,

Pues la flor do crecía mi esperanza

Pura, bella, suave Estrella mía,

Pura, bella, suave, estrella mía,

¿Qué bello nudo y fuerte me encadena

¿Qué espíritu encendido Amor envía

Quejoso ya del tiempo mal perdido,

¿Quién debe, sino yo, acabar el llanto;

Quien la luz de belleza amando adora,

¿Quién osa desnudar la bella frente

¿Quién rompe mi reposo? ¿Quién desata

Rayo de guerra, grande honor de Marte,

Razón es ya que la cansada vida,

Regando enciendo todo, ardiendo baño

Reina del grande Océano dichosa,

Rojo sol, que con hacha luminosa

Rompió la prora en dura roca abierta

Rosas de nieve y púrpura vestidas;

Salen mil pensamientos al encuentro

Señor, si este dolor del mal que siento

Serena Luz, de quien presenta espira

Serena Luz, presente, en quien espira

Si a mi triste memoria en hondo olvido

Si algo puedo cuidar que vos ofenda,

Si Amor el generoso y dulce aliento

Si de nuestra amistad el nudo estrecho

Si deseáis que muera a vuestra mano,

Si el fuego idalio el tierno canto inspira,

Si en mano del Amor yo puse el freno

Si fuera esta la misma de belleza

Si intentas imitar mi luz hermosa,

Si no es llorar, ¿qué pueden ya mis ojos?

Si no sufría ya la adversa suerte

Si para que yo sienta cuánto fuego

Si puede celebrar mi rudo canto

Si tiene a do reináis, mi pura Estrella,

Si trasformar pudiese mi figura

Si yo puedo vivir de vos ausente,

Sigo por un desierto no tratado,

Soberbio Tajo, que en la gran corriente

Sol, que con alas de oro vas luciente,

Sola y en alto mar, sin luz alguna,

Sólo de unos honestos dulces ojos

Solo y medroso, del peligro cierto,

Sombra y vano temor del pensamiento

Soto, no es justo que tu canto suene,

Suave Filomela, que tu llanto

Suave Filomena, que tu llanto

Subo con tan gran peso quebrantado

Sufro llorando, en vano error perdido,

Suspiro y pruebo con la voz doliente

Tal alto esforzó el vuelo mi esperanza,

Tal vez abrasa con vapor fogoso,

Temerario pintor, ¿por qué, di, en vano

Temiendo su valor, tu ardiente espada,

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,

Temor me impide, esfuerza la esperanza,

Tiempo fue de dolor el que yo tuve

Tiéneme ya el dolor en tanto estrecho,

Tras la bermeja Aurora el Sol dorado

Trenzas que en la serena y limpia frente

Triste esperanza, incierta, en blando pecho

Tú gozas la luz bella en claro día,

Tú, que alegras el Tebro esclarecido,

Tú, que con la robusta y ancha frente

Tú, que del sacro imperio de Occidente,

Tú, que en la tierna flor de edad luciente,

Tú, que vengando con la armada mano

Un tiempo ave caristra viví en fuego,

Un tiempo, aunque fue breve, osé atrevido,

Venció las fuerzas el amor tirano,

Venció mi duro pecho Amor tirano,

Veó el ajeno bien, veó el contento

Viví gran tiempo en confusión perdido

Viví, cuando Amor quiso, en mi cuidado

Volved, suaves ojos, la luz pura,

Vos celebrando al son de noble lira,

Vos, que ajeno del mal en que rendido

Voy por esta desierta, estéril tierra,

Voy siguiendo la fuerza de mi hado

Vuela y cerca la lumbre y no reposa,

Vuelvo al ufano corazón el día

Vuestro canto y aliento excelso y pío

Ya comienza a mudar su faz el cielo

Ya el rigor importuno y grave hielo

Ya pues que no resiste mi esperanza

Ya que el sujeto reino lusitano

Ya que en vano contraste al dolor fiero,

Ya que la grande fe del amor mío

Ya que nublada sombra cubre, y frío,

Ya siento el dulce espíritu de la aura,

Yerto y doblado monte, y tú, luciente

Yo bien pensaba, cuando el desdén justo

Yo vi a mi dulce Lumbre que esparcía

Yo vi en sazón alegre un tierno pecho

Yo vi unos ojos bellos, que hirieron

Yo voy ¡oh bello sol de alma mía!

«Yo, que el temor al piélago Adriano

«¿Do vas, do vas cruel, do vas? Refrena,